

SERIE ALFA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

editorial "alas"

LAS DOS - NIÑAS DE PARIS



CLAUDE BARCHON · MADELEINE GUITTY

THE DOCTOR
AND HIS
PUPILS





**LAS DOS NIÑAS
DE PARIS**

AGENTE DE VENTAS:

Sociedad General Española de Librería

BAMBADA, 14 y 16
BARCELONA

TORREJÓN, 10
MADRID

Reservados los derechos de
traducción y reproducción

IMPRENTA COMERCIAL - MAS y SALA

Valencia, 234 - Teléfono 76007

BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Fundador y Director: RAMON SALA VERDAQUER
Director literario: MANUEL NIBTO GALÁN

ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES
Valencia, 234 - Apdo. de Correos, 307 - Teléf. 70657 - Barcelona
AGENTE DE VENTAS
Sociedad General Española de Librería - Barbadá, 34 y 36 - Barcelona

EDITORIAL



Publicación Semanal

AÑO XVI

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS
SERIE ★ ALFA

NUM. 264

LAS DOS NIÑAS DE PARÍS

NO es ésta una obra desconocida de nuestros lectores. Este título, símbolo de los amores más puros, ha recorrido triunfalmente todo el mundo, produciendo la más intensa ilusión a millones de seres. El infortunio de las dos pequeñas, perseguidas por la maldad de unos seres sin alma, obligan al lector a seguir, cada vez con más marcado interés, esta narración, en la que, al fin, la bondad y la inocencia salen triunfadores.

Dirección: A. FRAPIN

Adaptación de HENRY DUPLY-MAZUEL

Distribuida por

EXCLUSIVAS HUET

Paseo de Gracia, 66 - - BARCELONA

INTERPRETES PRINCIPALES

Ginette **JACQUELINE DAIK**
Gaby **CLAUDE BARGHON**

Lisette Fleury Fanely Revoil

Chambertin M. Sinoel

Secundados por los siguientes artistas:

Alice Tissot

Abel Tarride

Maurice Escande

Maxudian

M. L. Derval

Max Dumau

Madeleine Guitti

Dirección artística:

Roberto Beaudanin

Diálogos:

Louis Bouquet

Director de escena:

Junker

Fotografía:

R. Begue

Decoración:

C. Bouxin-R. Gabutti

Montaje:

M. Champreux

Ingeniero sonido:

M. Appard

Narración literaria de la novela

MANUEL NIETO GALÁN

LAS DOS NIÑAS DE PARÍS

RESUMEN ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

LISETTE FLEURY

EN el mundo artístico brillaba con esplendores de triunfo la gran artista Lisette Fleury. Su nombre no era solamente conocido en Francia, sino que su celebridad había traspasado los límites del viejo continente y la prensa mundial se ocupaba ya de ella como de las grandes celebridades, ante quienes se rinden todos los públicos.

Pero aquella celebridad, aquellos agasajos que recibía donde quiera que estuviere, no servían para aliviar en Lisette la gran pena que había ocasionado el gran error de su vida.

Centada en aquella época Lisette

con más de treinta años y había sufrido por casi medio siglo, viendo cómo todas sus ilusiones de la juventud se habían ido esfumando por los desengaños y no quedándole más consuelo en aquella edad que el cariño de sus dos hijas, Ginette y Gaby, de 16 y 10 años, respectivamente.

El gran error que había cometido en su vida Lisette fue el de enamorarse de un hombre indigno de ella. Criada en un pensionado de los más ricos de Francia e hija de una opulenta familia, al salir del colegio, por causa de la muerte de su madre, se encontró Lisette ante un mundo desconocido y sin esa guía

tan precisa a toda joven que es el amor materno. Fué de manos de una institutriz a otra hasta que conoció a Pedro Manín.

Era éste un muchacho apuesto, conocedor del corazón de las mujeres, y a poco de conocer a Lisette comprendió que aquella chiquilla era una presa segura y de fácil consecución. Su vida aventurera, de artista fracasado, necesitaba una ayuda financiera, y pensó que ninguna mejor que la de Lisette, quien tendría que heredar a la muerte de su padre unos cuantos millones. Ella, ajena a las intenciones de este truhán, se dejó enamorar fácilmente y no tardó en ser aquella pasión más fuerte que su voluntad. Fueron inútiles los consejos paternos y todo cuanto hizo su padre por alejarla de aquel hombre, en quien presentía la ruina de su hija. Lisette no había conocido más amor que el de Pedro y se había entregado a él con toda la fuerza de su juventud.

La oposición paterna no fué motivo para que huyera de su casa y se casara con Pedro, creyendo encontrar en su cariño aquella felicidad que buscaba.

Su padre, al saber el paso que había dado su hija, renunció a saber

nada más de ella, y desde aquel momento, la pobre Lisette quedó a merced y capricho de su marido, que continuamente le echaba en cara la actitud de su padre y la negativa de éste de enviarle dinero.

Fueron pasando los años, y Lisette, influenciada por su marido, tuvo que dedicarse al teatro. Su instrucción primero, sus conocimientos de música y la voz maravillosa que tenía le abrieron las puertas de los principales teatros y gracias a ello fueron viviendo los dos esposos en una continua lucha y en un continuo malestar. Pedro Manín había abandonado por completo el trabajo y volvió de nuevo de lleno a todos sus vicios. Era un jugador empedernido y las casas de juego eran los lugares adonde iban a parar todas las ganancias de su mujer.

El único consuelo que tenía la pobre Lisette en medio de su desgracia era el amor de sus hijitas y el cariño noble y desinteresado que le profesaba un antiguo compañero de arte que se llamaba Chambertin, que había querido ser también padrino de las dos pequeñas.

Este buen hombre era uno de esos tipos cómicos que tanto abundan en el teatro; soltero empedernido

nido y de mucha más edad que Lisette, a quien le había llegado a tomar un cariño de verdadero padre.

En vista de la vida que llevaba la infeliz, en varias ocasiones le aconsejó que abandonase a su marido; pero Lisette, por el temor a dejar a sus hijas sin padre, retardó todo lo que pudo la realización de aquel consejo, hasta que finalmente comprendió que no tenía más remedio que llevarlo a la práctica si quería poder educar a sus hijas y buscarles una situación económica que con su padre jamás conseguiría.

Resuelta a ello abandonó a Pedro Marín y se dedicó por completo al teatro y a sus hijas, no sin antes haber intentado varias veces el perdón de su padre. Le escribió infinidad de veces, incluso hizo que fueran sus niñas quienes le escribieran, pero ninguna de sus cartas obtuvo respuesta, y Lisette se convenció al fin de que el carácter enérgico de su padre no se doblegaba ante nada.

Desde que se quedó sola, su celebridad fué en aumento, y lo mismo que ella iba progresando, su marido iba bajando a los fondos más bajos de París, trabando conocimiento con gentes de toda calaña, a quienes nada les importaban los medios con tal de conseguir dinero.

En aquellas circunstancias, la compañía en la que actuaba firmó contrato para realizar una «tour-née» por Egipto, y, como es natural, figuraba como primera figura Lisette. Era para ella doloroso el tener que abandonar a sus hijas por espacio de tres meses, puesto que no las podía llevar con ella; pero eran tan ventajosas las condiciones, que el mismo Chambertin le aconsejó que lo aceptase, ya que otra ocasión como aquella difícilmente se le presentaría.

Antes de partir quiso asegurarse de cómo dejaba a sus hijas, y obtuvo el permiso de internarlas en el mismo colegio donde ella estuvo. Dejándolas allí, se consideraba más tranquila y tenía la seguridad de que nada les ocurriría.

La víspera de la marcha arreglaba su equipaje, cuando Ginette le dijo casi llorando:

—Ya lo ves, mamá, hay sitio para dos más.

—Imposible, pequeña — respondió su madre.

—¿Por qué? — insistió Ginette.

—Porque no se pudo llevar... ¿Qué diría el director?

Y como viera que su hija no que-

daba muy satisfecha por aquella explicación, le acarició dulcemente, diciéndole:

—A tu edad debieras ser más razonable y dar ejemplo a Gaby.

—Es que tres meses son muy largos sin ti—insistió nuevamente Ginette.

Lisette sintió ese orgullo tan propio de toda madre que sabe que su hija la echa de menos, y contestó, sonriéndole bondadosamente:

—Pasarán pronto y os traeré cosas muy lindas de Egipto.

Ginette no quedó muy conforme con aquella explicación. Mejor que todos los regalos que pudiera traerles, ella prefería estar al lado de su madre, pero como comprendía que era inútil seguir insistiendo, preguntó:

—¿Por qué han anticipado de pronto la partida?

—Para dar dos representaciones imprevistas... Mañana embarcaremos en el «Himalaya». Yo os hubiera querido acompañar al colegio, pero ahora no puedo. Telefonearé al viejo Chambertin.

Pero no pudo hacerlo ella, porque en cuanto que Ginette supo que iba a telefonear a su padrino, se cogió el aparato y marcó el núme-

ro del de Chambertin, quien se puso al habla preguntando:

—¿Quién es?

—¿Está el señor Chambertin?

—preguntó Ginette.

El viejo reconoció en seguida la voz de su ahijada, y fingiendo una voz de mujer, respondió para gastarle una broma:

—No, señora... El señor Chambertin no está en casa... Acaba de salir.

Pero no pudo engañar a la muchacha, que reconoció en seguida la voz de quien tanto quería, y le dijo riendo:

—¡No te vale!... Reconozco tu voz.

—¡Caramba! —exclamó el viejo—. ¡Parece mentira, con lo bien maquillado que estoy! ...¿Eres Ginette?

Su madre le quitó el aparato para hablar con Chambertin y le dijo:

—Buenos días, Chambertin... Quiero pedirte un favor.

—Lo que tú digas... ¿Qué es lo que hay que hacer?

—Se trata de que lleves las niñas al colegio de Versailles.

—¿Ya está convenido? —preguntó el simpático viejo—. ¿Has hablado con la superiora?

L A S B O S N I R A S D E P A R I S

—Sí, Sor Verónica las ha aceptado... Pero con una condición... Ya te la diré cuando vengas.

—En seguida estoy ahí—terminó diciendo Chambertin—. Dentro

de unos minutos nos reuniremos.

Y en cuanto que dejó el aparato se fué a lavar y a vestir con el fin de tardar lo menos posible en llegar a casa de Lisette.

LA ULTIMA PETICION DE PEDRO MANIN

DESDE hacia algún tiempo el marido de Lisette se hallaba en una situación desesperada. Había jugado y había perdido y apenas si le quedaban algunos francos para poder comer. Algunos amigos suyos le habían fiado un poco de dinero, pero éste se le había acabado entre el juego y lo que necesitaba para vivir. Vivía miserablemente en una buhardilla de los barrios bajos con otro sujeto de su misma calaña, que al ver la situación desesperada de Pedro le aconsejó lo único que era capaz de aconsejar un tipo de su especie:

—Debías de pedirle dinero a tu mujer.

—Es que no me atrevo—respon-

dió Pedro—. Le he sacado ya muchos francos y temo que se niegue a seguir dándome más.

Pero tanto insistió el compañero, que Pedro terminó por escribirle una carta, ocasionando con ello la risa de su amigo, que le dijo:

—No estás muy seguro para ir tú mismo a verla... ¡A lo mejor te manda a paseo!

—Desde luego, no querrá verme—respondió Pedro.

—Pues yo que tú lo probaría... No estaría de más... Debieras ir a visitarla.

Pero Pedro se resistía a seguir el consejo de su amigo, y éste, siempre en tono burlón, para excitarlo y obligarle a ir, le dijo de nuevo:

—¿Temés que te den con las puertas en las narices?

—Tal vez —respondió Pedro— Comprendo que me he portado muy mal con ella y tiene razón para hacerlo.

Su compañero comprendió que no vencería la timidez de Pedro, y terminó diciéndole:

—Entonces ve a su casa y haz que le entreguen la carta... Y si puedes sacarle algo hazlo pronto... Ya sabes que se marcha de viaje.

Aquello último fué lo que más decidió a Pedro a ir en busca de su mujer y entregarle la carta pidiéndole dinero. Era la única persona que le podía auxiliar, y temía que se fuese porque entonces estaba del todo perdido. Pensando en ello cogió el sombrero y salió para la casa de su mujer antes de que ésta pudiera marcharse.

Como había prometido, Chambertin llegó poco después de haberle telefonado a casa de Lisette, y las niñas corrieron a abrazarle mientras que su madre les decía:

—Dejadlo ahora, que tenemos que hablar él y yo. Vosotras ir a vestiros, que tenéis que marchar para el colegio.

—¿Podemos llevarnos la gramola, mantá?—preguntaron.

—Sí—les dijo Lisette—. Yo elegiré los discos.

Cuando salieron las niñas, Lisette le dijo a su viejo amigo:

—Quiero que te las lleves, porque temo un adiós en la estación. Quiero evitar las lágrimas. Despidiéndonos aquí, no me será tan doloroso.

—¡Bah! —le dijo el viejo, animándola— Todo es cuestión de tres meses. Ese tiempo se pasa sin que te des cuenta... Ya verás los éxitos que te esperan por ahí.

Mas a pesar del buen deseo de Chambertin de animarla, Lisette no pudo evitar unas lágrimas y le respondió:

—Me duele mucho esta separación... Me parece que algo les va a ocurrir.

—No digas tonterías —exclamó el viejo artista— ¿Acaso no has estado tú en el mismo colegio? ¿No has sido tú misma la que lo ha elegido?

—Sí, llevas razón. Comprendo que todo esto es una tontería, pero las quiero tanto, que siempre temo algo por ellas.

Al oír que sus hijas se acercaban, Lisette se secó inmediatamente las

lágrimas, y Ginette, que entró la primera, le preguntó:

—¿Tienes los discos, mamá?

Su madre escogió algunos discos y se los entregó, diciéndoles:

—Tomad y guardadlos bien para que no se rompan.

—Antes de partir, ¿quieres cantarnos, mamá?—le pidió Ginette.

—Nos gustaría tanto... —dijo Gaby.

—Cantanos la canción «Mamá».

—Pero si lleváis ese disco entre los que os he dado y, además, cantada por mí.

—¿Qué es eso de «Mamá»?—preguntó el viejo.

—Es la canción que les dedico Maurice Yvon—le explicó Lisette.

—Anda, mamá, cantanosla—insistieron las niñas.

—Vamos, niñas, sed razonables... Ahora no es el momento de que yo me ponga a cantar.

Las chiquillas, en vista de que su madre no accedía a su petición, buscaron el apoyo del padrino y le dijeron:

—Pídeselo tú, padrino.

Pero Chambertin comprendía que tenía razón Lisette en no querer cantar. La idea de que tenía que separarse de sus hijas le atormen-

taba y no estaba en disposición de cantar, por lo que les dijo a sus ahijadas:

—Mamá tiene razón... No es el momento.

Las dos niñas se separaron de él enfadadas y le amenazaron con lo peor que le podía suceder al viejo:

—Ya no te queremos...

Pero el viejo no las dejó marchar y les dijo nuevamente:

—Mamá tiene razón, pero cantará.

Y volviéndose a ella, le dijo:

—No puedes negarte... Es el último día... Hazlo por mí también... Siempre es un placer el oírte cantar.

Lisette no se hizo rogar más y fué al piano, donde empezó a cantar aquella canción que tanto gustaba a sus hijas y que era como una expresión del fiel cariño maternal.

Mientras ella cantaba para sus hijas y para el viejo amigo, Pedro Manin llamó a la puerta, y la criada que salió a recibirle, apenas le vió, le dijo:

—¿Qué es lo que desea?

—Entregar esta carta a la señora.

La criada, antes de dar una contestación afirmativa, le respondió al mismo tiempo que temaba la carta:

—No sé si la señora está en casa.

—Haga el favor de entregarle la carta—pidió tímidamente Pedro.

La criada entró adonde estaba su señora y le hizo entrega de la carta, diciéndole:

—Creo que espera contestación.

—Ya le avisaré, si hace falta—le dijo Lisette despidiéndola.

Abrió la carta, y en cuanto hubo leído su contenido se la entregó a Chambertin, diciéndole:

—Ten, léela, que te interesa. Vosotras, niñas, ir a vestiros, que saldréis en seguida con el padrino.

Chambertin, en cuanto leyó la carta, preguntó, como quien no da crédito a lo que acaba de leer:

—¿Es él?

—Sí, y ya ves que me pide dinero.

—¡Granuja!—exclamó, indignado, Chambertin.— ¡Atreverse a venir aquí!

—¡No quiero verle nunca más!—exclamó Lisette tapándose la cara como si temiera que su marido pudiera aparecer ante ella.

Chambertin se dejó llevar por la indignación que le producía la acción de Pedro e hizo ademán de salir, diciendo:

—Voy a echarle a la calle.

Mas Lisette le retuvo a tiempo y le dijo:

—No puedo despedirle así... No puedo dejarle morir de hambre...

—Si le entregas algún dinero será una muestra de debilidad y aun será peor—le aconsejó el viejo artista.

Lisette se encogió de hombros. En aquel momento no se acordaba de todo el daño que aquel hombre le había causado y le dijo:

—Después de todo, es el padre de mis hijas... No quiero que ellas el día de mañana puedan reprocharme cosa alguna.

Abrió un cajoncito de su tocador y sacó unos cuantos billetes, los cuales entregó a Chambertin, diciéndole:

—Toma, dale esto. No quiero que se vaya sin que se lleve algo.

Salíó Chambertin en su busca, y Pedro, al verlo, le preguntó, extrañado de verlo en casa de su mujer:

—¿Cómo?... ¿Tú aquí?...

El viejo no creyó necesario darle ninguna explicación, y entregándole el dinero que le había dado Lisette, le dijo:

—Escucha... ésta es la última vez que tu mujer te ayuda...

—¿Y no querrá decirme adiós antes de partir?—preguntó Pedro.

—De ningún modo —le dijo Chambertin—. No quiere oír ni tu nombre... Pero, oye...

Pedro no le dejó terminar y con gran cinismo le atajó diciéndole:

—Es que están las niñas que...

Fué tal la mirada que le dirigió Chambertin, que Pedro, a pesar de su cinismo, bajó la vista al suelo, sin atreverse a expresar su pensamiento, mientras que su amigo le decía:

—No tienes derecho a nombrarlas siquiera... Por tu amor, Lisette lo abandonó todo... Entró al teatro por seguirte... Padeció meses... años. Vivió entre gente indigna y, gracias a su talento, se encumbró.

—Sin embargo... yo quisiera explicarte... —quiso decirle Pedro, pero el que fué su antiguo compañero de profesión no quiso ni oírle y lo despidió diciéndole:

—Es inútil... Vete, adiós.

Pedro comprendió que nada le quedaba que hacer en aquella casa, donde vivía su mujer y sus hijas, a quienes ni siquiera podía ver. Tuvo

un momento de arrepentimiento de toda su conducta, y hasta casi puede decirse que se le llenaron los ojos de lágrimas. El único cariño que había sentido en su vida aquel desalmado era el que profesaba a sus pequeñas. Pero comprendía que su conducta no le daba derecho a ello y salió de allí, con el dinero que le había entregado su mujer, pero con el pesar de no haber podido ver a ninguna de sus dos hijas, una de las cuales le había estado mirando por la mirilla de la puerta, y corrió a decirselo a su madre, preguntando:

—¿Qué venía a hacer papá?

Antes de que pudiera responder Lisette, entró Chambertin y le preguntó angustiosamente:

—¿Se fué?

—Sí—le dijo Chambertin—. Se ha ido, y puedes estar tranquila, que creo que no volverá más.

Lisette respiró más tranquila cuando supo que su marido había salido, y dirigiéndose a las niñas, les dijo al ver la hora que era:

—Bien, hijas mías: ha llegado la hora de la despedida... Que sean buenas hasta que yo vuelva.

El momento de la despedida fué de verdadera emoción para aquellos

tres seres que tanto se querían, y Chambertin tuvo que poner final a la escena, no sin que él tuviera también que hacer grandes esfuerzos para contener las lágrimas.

En vista de que ni la madre ni las hijas acababan nunca de despedirse, intervino él, separándolas y diciéndole a Lisette:

—¡Hay que tener valor!... ¡Tres meses se pasan pronto!

Y luego, tomando de las manos a las niñas, continuó diciéndoles:

—La hermana Verónica os querrá y yo os llevaré bombones, muchos bombones.

—¡Adiós, hijas mías! — terminó diciéndoles Lisette.

—Vamos, que el taxi está esperando—volvió a decir Chambertin, con el fin de dar por terminada aquella despedida.

Y cogiendo a las niñas de las manos, se las llevó fuera de la casa, para llevarlas al pensionado, donde debían quedar hasta que su madre regresase de aquella excursión artística.

Aquella misma tarde, Chambertin emprendió el viaje hacia Versailles, donde estaba el colegio en el cual quedarían las niñas, y cuando

algunas horas después llegaron a él, Chambertin creyó oportuno recomendar a las pequeñas la condición que le había impuesto Lisette, por lo cual les dijo:

—Sobre todo, no olvidéis mi advertencia.

Las niñas ya se habían olvidado de qué clase de advertencia les había hecho, y el bueno de Chambertin tuvo de nuevo que decírlas:

—No digáis que mamá es artista.

—Descuida, padrino, que no diremos nada—respondieron las dos pequeñas, que siempre atendían las indicaciones del padrino.

Una monja salió a abrirlas la puerta, y Chambertin preguntó por la madre superiora diciéndole:

—Ella debe tener ya noticia de la llegada de estas dos niñas. Debía traerlas su madre, pero ha tenido que salir precipitadamente de viaje y me ha encargado que sea yo quien las conduzca hasta aquí.

—Pasen ustedes — les dijo la monja—. La madre superiora saldrá en seguida.

Y después de hacerlos pasar a un saloncito, se fué la monja, cerrando la puerta por la que debía salir la

madre superiora y dejándolos solos nuevamente.

Chambertin, para alegrar a las muchachas y que olvidaran aquel momento de entrar en el colegio, que para él creía que era una de las cosas más dolorosas del mundo, empezó a recitarles unos pasajes de un drama que en cierto tiempo había interpretado. Se cruzó las faldrillas del gabán y comenzó a declamar: «Y sin ruido se cerró la puerta de la muralla». Igual que en el «Sitio de Zaragoza».

Las chiquillas aplaudieron la ocurrencia de su padrino, y éste les explicó:

—En mis buenos tiempos actué en ese drama.

—¿Tú, padrino? — preguntó Gaby, extrañada.

—Sí, hija mía, y con éxito... También yo fui joven y guapo... Había que verme en el segundo acto... «Por los cuernos de Satanás, me vengaré».

Pero de pronto se abrió la puerta y apareció la hermana, quien se le quedó mirando extrañada, al verle declamar, hasta que Chambertin tuvo que excusarse diciéndole:

—Perdón, hermana... Les contaba un cuento... es decir, un pasaje religioso...

La madre superiora sonrió bondadosamente y acariciando a las niñas, le dijo:

—¡Ah! ¿Ya están aquí las pequeñas?

—Sí, hermana... madre — respondió Chambertin, sin saber qué tratamiento darle—. Esta es Gaby, la más pequeña, y la otra es Ginette, la mayor.

—Son encantadoras—les dijo la superiora—. Vuestra madre fué un modelo de pensionistas.

—No me asombra — exclamó Chambertin, dejándose llevar por el entusiasmo que le causaba cada vez que oía a alguien elogiar a Lisette—. El director del teatro Lírico me decía hablando de ella...

Pero se dio cuenta de que estaba descubriendo de que Lisette era artista, y se calló de pronto. La superiora comprendió el motivo de aquel azoramiento, y para animarlo le dijo:

—¿Es usted actor?

—No... es decir, sí... Bueno... verá usted...

La monja no pudo menos que echarse a reír al ver el azoramiento del pobre viejo, y le dijo nuevamente:

—No tema... A mí me gustan mucho los artistas.

Chambertin suspiró como aquel

L A S D O S N I Ñ A S D E P A R Í S

a quien de pronto le quita un peso superior a sus fuerzas, y la monja siguió diciéndoles a las niñas:

—Estoy segura de que estas mujercitas comprenderán que aquí tienen que estudiar y serán buenas.

—Desde luego—respondió él, sacando fiador de ellas, como siem-

pre—. Yo vendré muy a menudo a visitarlas.

Se despidió tres o cuatro veces de las pequeñas, y cuando volvió a tomar el taxi para volver a París, al quedar solo tuvo que limpiarse los ojos porque las lágrimas le nublaban la vista.

UN MAL BICHO

DESDE que Lisette salió de su casa para casarse con Pedro, entró al servicio de su padre una mujer que tenía más de arpía que de otra cosa. Era sobrina de un viejo usurero de los barrios bajos de París, quien, según todos, era más judío que persona. Como todos los seres de esta maldita raza, el viejo judío había criado a su sobrina con un afán desmedido por el dinero y haciéndole creer que en la vida sólo había una felicidad y ésta era el dinero. En este ambiente se crió aquella mujer, quien además, llevada por sus naturales instintos, engendró unos sentimientos de perversidad ilimitada.

Quando el padre de Lisette bus-

có a una mujer que se hiciera cargo de la casa, le fué presentada ésta, que se valió de todos los medios para encontrar una buena recomendación y ser admitida en aquella casa, en donde pensó actuar como única dueña y señora.

Valiéndose de su innata hipocresía, pronto consiguió conquistar la confianza del señor Bertal, y una vez que se dió cuenta de que él la dejaba maniobrar comenzó su actuación. Empezó llevándose cuanto pudo, sin que lo notara él, y después concibió la idea de engatuzar al dueño de la casa para convertirse en la señora Bertal y heredar todo cuanto tenía el viejo. Pasaron algunos años, y aquella idea que se había apoderado de ella fué convir-

tiéndose en una verdadera obsesión. Para la arpía, lo difícil era conseguir el consentimiento del padre de Lisette en casarse con ella, que después, con la ayuda de su tío, no le sería difícil quitar de enmedio al señor Bertal, tan pronto como la nombrase heredera de todos sus bienes.

Poco a poco, el señor Bertal fue refiriéndole toda su vida anterior, y, como es natural, el nombre de Lisette salió a relucir, lo mismo que el motivo por el cual su padre no había querido saber nada de ella. La existencia de Lisette preocupó en un principio a la vieja, por lo que pudiera impedir la realización de sus planes; pero más tarde comprendió que lo mejor que había que hacer era avivar la llama del dolor del viejo para que éste no volviera de su decisión con tal de que Lisette no entrara de nuevo en la casa.

Taimadamente, procuraba dar las más fantásticas noticias de Lisette, siempre intentando hipócritamente quitarle culpa a la joven; pero con tales palabras, que cualquiera otro que no hubiera sentido el dolor interno del señor Bertal habría comprendido fácilmente que lo que pretendía aquella mujer era arrojar todo el ceno posible sobre la inocente víctima que había olegido.

El mismo día en que Lisette se separaba de sus hijas, por la noche, después de haber cenado, la sirvienta estaba leyendo el periódico, cuando leyó la noticia de la salida de la compañía de Lisette, y le dijo a su señor:

—Señor Bertal, esto le interesa.

Y sin esperar la respuesta del padre de Lisette, le leyó la nota que publicaba el diario y que decía:

«La gran Compañía de ópereta francesa, de la que forma parte la encantadora artista Lisette Fleury, embarca mañana en el vapor «Himalaya...»

—Ya le he dicho que no me nombre a mi hija—la interrumpió de mal humor el señor Bertal.

La sirvienta, con hipócrita humildad, pretendió disculparse diciéndole:

—Perdón... Creí que le interesaría...

—¡En absoluto!... No quiero oír pronunciar su nombre delante de mí...

—Está bien, señor — respondió sumisa la sirvienta y procurando ocultar la alegría que le causaban las palabras del dueño de la casa, que cada vez la hacían creer más en la posibilidad de conseguir sus deseos.

En estas circunstancias fueron

pasando los días, sin que nada viniera a alterar el curso de los acontecimientos. Para Gaby y Ginette la ausencia de su madre se hacía cada vez más insostenible y ansiaban que transcurrieran aquellos tres meses durante los cuales deberían estar alejadas de ella.

Para la vieja sirvienta, a medida que pasaban los días, se veía más segura de su triunfo y para el viejo Chambertin, cada ocasión que se le presentaba la aprovechaba para actuar en París, y de esa forma poder dar una escapada a ir a ver a sus pequeñas.

Más de pronto un acontecimiento inesperado y doloroso vino a cambiar el curso de las cosas. La desgracia más enorme cayó sobre las inocentes niñas y un mundo de tragedia se levantó a su alrededor. Se trataba nada menos que del naufragio del «Himalaya», sin que se hubiera salvado de él Lisette.

Cuando la sirvienta del señor Bertal leyó la noticia, quiso asegurarse de que nada importaba a su amo la muerte de su hija, y lo estuvo espiando durante varios días, hasta que, segura al fin, fué a decirselo a su tío.

Como ella vivía en el campo con el señor Bertal, recogió el periódico, en el que se daba cuenta del naufra-

gio, y se fué a la tienda de préstamos que tenía el viejo usurero, diciéndole, para fingir un pretexto:

—Buenos días, tío.

El viejo levantó la vista, extrañado de oír la voz de su sobrina, y exclamó:

—Desde que estás en el campo no se te ve nunca... Debieras visitarme a menudo... ¿Qué es lo que te trae por aquí?

—Un negocio para ti—le respondió ella.

El judío la miró desconfiado, pensando que nadie puede ir a ofrecer un negocio sin miras interesadas, y ella siguió diciéndole:

—El viejo quiere un radio... Yo le hablé de una ocasión...

El judío le señaló una que tenía ante él, y le dijo ofreciéndosela:

—Aquí tengo una soberbia.

—¿Funcionará, por lo menos?—le preguntó su sobrina, que sabía cómo las gustaba su tío, en cuanto a negocios se trataba—. ¿Cuánto vale?

—Mil francos.

—¡Mil francos!—exclamó asustada—. Tú bromeas.

—No bromeo, sobrina... Es un radio excelente.

—¿Pero no ves que esto es un cacharro, y además sucio?—volvió a decirle la sobrina.

—Será todo lo que tú quieras, pero acabo de pagar ochocientos francos por él.

La sobrina miró a su tío, dudando de que éste fuera capaz de desprenderse de ochocientos francos, pero al fin comprendió que lo mejor sería que hicieran el negocio a medias y terminó diciéndole:

—Bueno, le cobrarás mil doscientos y me darás a mí los doscientos.

El viejo usurero empezó a redactar la factura y cuando la tuvo terminada, su sobrina, como quien por casualidad lee la noticia, le entregó el periódico donde se daba cuenta de la desaparición del «Himalaya», y el judío leyó en voz alta:

«De Pórt-Said anuncian que durante una tempestad, el paquebot «Himalaya» ha chocado con el vapor griego «L'Ermos». La catástrofe se produjo por la noche, causando muchas víctimas. De los trescientos viajeros, tan sólo han podido salvarse treinta».

—Eso es el barco en el que viajaba la hija del viejo—le explicó su sobrina.

—¿Lisette Fleury?

—Sí... Si ella hubiese muerto, la cosa se arreglaría...

—No se arreglará nada—le dijo el usurero.

—¿Por qué no? —preguntó nerviosamente ella.

—Pues porque yo veo más allá de mis narices.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir, sencillamente, que Lisette tiene dos hijas y el abuelo está obligado a reconocerlas herederas...

—Bah—exclamó la sirvienta a quien no le hacía ninguna gracia la atinada observación de su tío—. Eso ya lo veremos. Dame la factura que tengo el tiempo justo y he de marcharme.

Recogió la factura que su tío le había extendido por valor de mil doscientos francos y se fue directamente a su casa de campo, temiendo que alguien pudiera hablar con el señor Bertal, sin que ella estuviese delante.

Aquella desgracia colocaba al bueno de Chambertin en un verdadero aprieto. No era solamente el inmenso dolor que le causaba la noticia de la casi segura muerte de Lisette lo que le preocupaba, sino el asunto de las niñas. A él le era imposible hacerse cargo de ellas. Su vida de artista no le permitía estar mucho tiempo en París y nunca hubiera dejado a las pequeñas solas. Por otra parte, no ganaba lo suficiente para poderlas tener en el co-

legio, y pensó que lo mejor era acudir a su abuelo, quien después de todo tenía la obligación de atenderlas.

Y firme en esta idea, no dudó ni un solo instante en escribir al señor Bertal dándole cuenta de lo que ocurría y de sus propósitos de llevarlas a sus nietas para que se hiciera cargo de ellas.

Como no esperaba ninguna contestación afirmativa por parte del padre de su desgraciada amiga, se fué al colegio y habló con la superiora, a quien le dijo:

—Vengo a llevarme las niñas.

—No es tiempo de vacaciones—respondió la superiora, que no comprendía otro motivo que aquel para llevarse las niñas.

—No se trata de eso—respondió el viejo artista.

—¿Entonces, es que las saca usted del colegio?

—Así es—volvió a responder.

—¿Ha vuelto ya su madre?

—No, señora... Su madre, desgraciadamente, ya no volverá más.

La superiora se lo quedó mirando sin poder comprender las palabras del viejo actor y éste le explicó:

—¿No la leído usted nada en los periódicos?

—Nosotras no solemos leer nada

más que los libros que nos son permitidos.

—Es verdad, usted perdone... Pero estoy tan emocionado que ya no sé lo que me digo siquiera.

—Explíquese entonces.

—Pues se trata desgraciadamente de que estas niñas ya no tienen madre.

—¿Que no tienen madre?—preguntó la superiora.

—No, señora. Hace unos días he sabido la noticia. El barco en el cual viajaba la compañía en la cual actuaba ella ha naufragado, y ha muerto en el naufragio.

—¡Dios Santo! — exclamó la superiora llevándose las manos al pecho, para contener la emoción que en ella habían producido las palabras del viejo.

—¿Y qué piensa usted hacer ahora con ellas? ¿Las va a devolver a su padre?

—Tampoco puedo hacer eso, porque no sé dónde está su padre, ni debo entregármelas a él. Pero he pensado en el único medio de salvación que hay para ellas.

—¿Y cuál es?

—Estas niñas tienen un abuelo, un abuelo que posee una fortuna y que puede mantenerlas y educarlas debidamente... ¿No cree usted que él se debe hacer cargo de ellas?

—Indudablemente — respondió la superiora—. Es una obligación suya y nadie mejor que él debe comprenderlo.

—En eso me parece que no estaremos todos conformes. Porque el viejo tiene un genio endemoniado y no le será muy agradable la noticia de tener que cuidar de las dos pequeñas.

—Sin embargo es obligación suya — insistió la superiora.

—Así es, en efecto, pero yo hubiera preferido habérmelas quedado conmigo. Desgraciadamente no lo puedo hacer. Ya sabe usted que yo soy artista. Unos días estoy en París; otros fuera, en fin, que no tengo domicilio fijo y tampoco es cosa de dejar las niñas solas durante una temporada.

—Lleva usted razón — terminó diciendo la superiora—. Es una verdadera lástima que se vayan. Ya las habíamos tomado cariño. Son tan buenas las dos... Algo traviesa la pequeña, pero puede disculparse por la poca edad; sin embargo, la mayor es ya una mujercita de la que pueden obtenerse satisfactorios resultados... Estoy segura de que al fin su abuelo le agradecerá el que se las lleve usted.

—Dios la oiga, madre — respondió

el viejo actor—. ¿Y ahora podría verlas?

—¿Se las piensa usted llevar hoy mismo?

—No tengo tiempo que perder. Este viaje me ha trastornado un poco los planes artísticos que tenía; pero todo lo doy por bien empleado, si al fin consigo dejar este asunto completamente solucionado.

—Pues voy a avisarlas.

La madre superiora salió de la estancia para llamar a Gaby y a Ginette y el pobre viejo, durante aquellos segundos que quedó solo, sintió como nunca el terrible momento de tener que decir a sus dos niñas la desgracia tan inmensa que sobre ellas había caído. Pensó en lo solas que quedaban, si aquel abuelo se negaba a recibir las, como se había negado tantas veces, a recibir a su madre y hasta de contestar a las muchas cartas que le había escrito.

En su poca inteligencia, pues ésta era tan escasa como abundante era su bondad, pensaba que el mundo estaba muy mal dispuesto. «Señor, se decía, si tenía que morir alguien, porque no podía ser el padre en vez de la madre?

De estos pensamientos lo sacó la llegada de las dos pequeñas, que apenas le vieron corrieron a abrazarle cariñosamente, diciéndole Gaby:

—¿Cómo es que has venido sin avisarnos?... —

El pobre hombre no sabía cómo empezar a decirles la verdad de todo cuanto ocurría y la niña insistió en su pregunta diciéndole:

—¿Qué es lo que tienes?

—Pues ya verás... En el mundo existen cosas que no hay más remedio que aceptarlas tal y como son. Unas veces son buenas, como ésta de verme a mí, y otras veces no lo son...

—¿Y cuáles son éstas que no lo son? — preguntó Gaby con ansiedad.

—Pues éstas son las que me traen aquí.

—¿Las que te traen aquí? Explícame, por Dios.

—¿Os gustaría salir de aquí?

—¿Para ir con mamá? Ya lo creo... ¿Tenemos unas ganas de verla otra vez!

El actor tuvo necesidad de toser dos o tres veces para dominar la emoción que le embargaba y al fin contestó:

—No se trata de ver ahora a vuestra mamá... ¡La pobre está muy malita!

—¿Qué le ocurre, dónde está? — preguntó Gaby emocionada.

—Verás, verás... El barco donde

iba... pues ha sufrido un accidente, se ha buscado a vuestra madre y...

No pudo terminar la frase, porque las dos chiquillas se arrojaron a sus brazos y comenzaron a llorar desconsoladamente diciéndole al fin:

—Dinos la verdad... ¿Ha muerto mamá?

—El viejo bajo la cabeza sin fuerzas para responder afirmativamente y Gaby, cuando consiguió hablar por fin le dijo:

—¡Pobre mamá!... Tanto como nos quería! ... ¡Qué desgraciadas vamos a ser sin ella! Ya no tenemos a nadie en el mundo que nos quiera.

—¿Os quiero yo! — exclamó el viejo.

—Sí, ya lo sabemos, padrino... Tú eres la única persona de quien podemos esperar algo, de nadie más que tú.

—Todavía hay otra persona — insistió el viejo.

—Sí, papá... pero papá no querrá saber nada de nosotras... Es inútil que lo veamos.

—No se trata de vuestro padre, sino del padre de vuestra madre...

—¿Del abuelo?

—Claro está.

—¿Tampoco nos querrá?

—Pues os engañáis — les mintió piadosamente —, precisamente vengo para llevaros con él.

Gaby guardó silencio durante un rato. Su corazón le decía que la vida al lado de su abuelo no sería todo lo feliz que su padrino quería pintársela, pero por otro lado comprendía que era la única solución que ellas tenían. Al fin le preguntó:

—¿Se lo has dicho ya?

—Claro que es lo he dicho.

—¿Y qué te ha dicho?... ¿Te ha dicho que sí?

—No ha podido decirme nada, porque no ha tenido tiempo.

Y como Gaby le mirase extrañada, él continuó diciéndoles:

—No me ha contestado nada, porque no ha tenido tiempo para ello. Yo le he escrito una carta anunciándole nuestra llegada y me he venido por vosotras.

—¿Y no crees que podríamos ir a otra parte?—preguntó Gaby, sospechando una mala acogida por parte de su abuelo.

Su padrino adivinó la intención de aquella pregunta. Comprendía que ellas hubieran preferido que las llevase con él, pero procuró hacerles comprender lo imposible de la cosa diciéndoles:

—Mira, mi gusto es que os hubierais quedado conmigo, pero no puede ser. Yo tengo que trabajar para ganarme el sustento. Unas veces estoy en París, otras veces me

tengo que marchar por provincias para trabajar y no es justo ni bonito que dos niñas como vosotras os quedéis solas en París, sin ninguna clase de compañía... ¿Comprendes ahora por qué he pensado en tu abuelo?

—Sí, lo comprendo — respondió Gaby —. ¿Y cuándo tenemos que irnos?

—Hoy mismo. Ahora mismo.

—¿Entonces...?

—Pues entonces debéis de recoger cuanto tengáis aquí y venirnos conmigo para que os acompañe a casa de vuestro abuelo.

—Está bien — respondió dolorosamente Gaby —. Ahora mismo volveremos.

Las dos hermanas entraron de nuevo al colegio para recoger toda la ropa que tenían allí y despedirse, además, de sus compañeras y profesoras.

Conforme llegaba el momento era mayor la incertidumbre del bueno del padrino, respecto a lo que iba a hacer. Tuvo momentos de indecisión en los que pensó en llevarse consigo a las dos muchachas. Pero París era muy peligroso para dos niñas que ya comenzaban a ser mujeres, sin tener una persona a su lado que las aconsejase y las dirigiese, y finalmente llegaba a la conclusión

de qué no había otro camino a seguir que el que él había tomado.

No había pasado un cuarto de hora, cuando de nuevo se presentaron las dos hermanas y, abrazadas a su padrino, salieron del colegio, de aquel colegio donde tantas horas habían pasado soñando y de cuyo sueño las había sacado la realidad con una verdadera tragedia, con la que ellas jamás habrían adivinado.

En la calle esperaron unos minutos, sin que ninguno de los tres se atreviera a hablar, hasta que por fin pasó junto a ellos un taxi. El padrino lo detuvo, subieron las dos muchachas y el actor le indicó el lugar donde había de llevarlos.

Una hora después se paraba el coche ante la puerta de la casa del abuelo de las niñas, y su padrino las animó diciéndoles:

—Ya estamos aquí... Animo ahora... Hay que demostrar mucho cariño a vuestro abuelo. Si os pregunta, decirle que vuestra madre os hablaba mucho de él. ¿Me comprendéis?

—Sí, padrino —respondieron las dos.

Y cogidas del brazo de aquel buen hombre, que se había convertido en un verdadero padre para ellas, entraron a la casa en la que habían de quedar las dos niñas desde aquel día.

EN MANOS DE UNA ARPIA

Y A pueden figurarse nuestros lectores la gracia que haría a la sirvienta el saber que las hijas de Lisette irían a vivir con su abuelo. Tenía miedo de que el viejo pudiera encariñarse con ellas y que todo cuanto había trabajado para apoderarse de la fortuna del señor Bertal fuese inútil. Por esto cuando se enteró por el propio señor Bertal de la llegada de las niñas, no pudo contenerse y le dijo:

—Es el colmo de la desfachatez la que tiene ese hombre.

—¿Y qué quiere usted que haga? —le preguntó el señor Bertal, que a pesar de todo comprendía que aquel individuo tenía razón en llevarle a sus nietas.

—No lo sé; pero eso de traerle a usted dos niñas sin consultarle siquiera... Dos niñas a quienes ni siquiera conoce.

—Sí que es enojoso—respondió el señor Bertal, que siempre se dejaba guiar por lo que le decía su criada.

—Además, no hay ni dónde colocarlas—siguió diciéndole la sirvienta—. Si sólo fuera eso, después de todo era lo mejor que podía suceder.

—¿Y qué es lo que puede suceder?—preguntó el señor Bertal.

—¿Cómo?... ¿No piensa usted lo que le espera?... ¿Qué educación habrán recibido?... Figúrese usted, con una madre así.

El señor Bertal, al oír hablar así

de su hija, a la que creía muerta. La miró severamente y la sirvienta, pensando que había ido más lejos de lo que debía, trató de corregirse diciéndole:

—Será algo curioso... Yo se lo advierto por la estimación que le tengo. Yo, la verdad, prefiero dejar la casa a ser tratada como una escoba.

—¿Pero quién habla de eso?—le dijo el señor Bertal, que temió porque se pudiera ir su criada—. No debe usted enojarse... Ni nada tiene que temer...

En aquel instante oyeron el ruido de un motor que paraba bajo el balcón que daba a la puerta de la entrada, y el señor Bertal exclamó:

—¡Ya están aquí!

—Vaya una hora de llegar — se exclamó la sirvienta—. Habrá que sentarlas a la mesa.

—Salga usted a recibir las y dígalas que paven.

Momentos más tarde entraba Chambertin con las dos niñas. Las llevaba de la mano, y las pobrecitas entraban medrosamente, como si sus corazoncitas presintiesen la vida que les aguardaba en aquella casa. Eran inútiles las palabras de aliento del bueno de Chambertin para distraerlas. Las niñas, además del pesar que les causaba la muerte de su madre,

sentían la pena de verse entregadas a manos extrañas, sin sospechar la vida que pudiera aguardarles.

Cuando Chambertin vio a la criada que salía a recibirlos, comprendió que es que había llegado su carta, y le dijo:

—Veo que nos aguardaban.

La sirvienta ni siquiera se dignó contestarle, y le hizo entrar donde estaba el señor Bertal, a quien volvió a decirle:

—¿Ha recibido usted mi carta?

—Sí, recibí su carta—le respondió friamente el señor Bertal, mirando de soslayo a las niñas.

—Pues aquí las tiene usted. Lo presento a Ginette y a Gaby.

Y, volviéndose a las dos hermanas, las animó a que besaran a su abuelo, diciéndoles:

—Vamos, niñas, abrazad a vuestro abuelo.

El señor Bertal se dejó besar la mano por las muchachas y les preguntó por decirles algo:

—¿Habéis desayunado?

—Sí.... mejor dicho, no; pero por mí no se moleste—respondió Chambertin.

El señor Bertal llamó a su sirvienta y le ordenó:

—Señorita, sirva algo a las niñas.

La rabia que sentía la criada era tan grande, que en aquella ocasión

y a pesar de su maestría, no supo disimular y respondió:

—No sé si quedará algo... Las cosas improvisadas...

—Usted me perdonará—intentó despedirse Chambertin, al ver que el abuelo aceptaba las rietas—, pero tengo que salir para Burdeos... Me he retenido tan solamente por el asunto de las niñas...

—¿Y por eso por lo que pensó en mí?

—Claro—respondió con su natural franqueza Chambertin—. Sólo nos tiene a nosotros. Y digo nosotros, porque soy su padrino. Claro que legalmente no soy nada de ellas. Sólo lo tienen a usted.

—Haga usted el favor de seguirme unos instantes—le rogó el señor Bertal, mientras que las niñas eran conducidas por la criada a la mesa, para servirles el almuerzo.

Chambertin le miró algo extrañado, y el señor Bertal le explicó amablemente:

—Es necesario que hablemos, mientras que ellas desayunan.

Entraron al despacho del abuelo Gaby y Ginevra y una vez que estuvieron solos, aquel le preguntó:

—¿Ha dicho usted que sólo me tienen a mí?

—Así es, señor.

—¿Y su padre?

Chambertin hizo un gesto de indiferencia y le respondió:

—Ya sabe usted que su padre...

—Yo no sé nada — le interrumpió el señor Bertal.

—Su hija le habrá escrito diciéndole...

—Rompí sus cartas, sin leerlas—contestó el señor Bertal.

Entonces Chambertin le refirió la vida que había llevado Lisette con él, el por qué se dedicó ella al teatro, sus triunfos actuales, hasta que murió en el triste accidente, y terminó diciéndole:

—En resumen, Pedro Manin es un degenerado.

—Bien lo había previsto yo—exclamó el abuelo de las niñas—. Y esa loca no me hizo nunca caso.

—Bien caro lo ha pagado, señor. Además, puede usted estar seguro de que su hija llevó siempre una vida irreprochable.

—Sí; pero deja a esas niñas manchadas...

—Perdón — se apresuró a interrumpirle Chambertin, que no consentía que nadie pudiera ofender a sus ahijadas, aun cuando fuera su abuelo—; esas niñas son inocentes. Dígame; además, ¿qué otra persona puede ofrecerles un hogar y un bienestar que tanto se merecen?

—¿Quiere usted decir que debo hacerme cargo de ellas?

—Consulte usted mismo su corazón y su conciencia y ellos le contestarán mejor que yo pudiera hacerlo... No quiera ser más malo de lo que realmente es.

El señor Bertal se dejó convencer fácilmente. Desde el primer instante había comprendido que no tenía más remedio que hacerse cargo de aquellas niñas, y terminó diciéndole:

—Está bien. Lo que haga, lo haré como un deber.

Mientras hablaban en el despacho, la sirvienta les había servido el resto que había quedado del almuerzo de ellos, y Ginette le dio las gracias.

En vez de aceptarlas, la sirvienta se la quedó mirando airadamente y exclamó:

—Pareces la encargada de dar las gracias... ¿Tu hermana es muda?

—No, señora, pero como es la más pequeña...

La vieja ni siquiera le hizo caso. No pensaba más que en la entrevista que celebraban el señor Bertal y Chambertin, y hubiera dado cualquier cosa por enterarse de lo que hablaban. Sin preocuparse de la presencia de las niñas, se fué a la puerta que comunicaba con el despacho y se puso a escuchar detrás de ella.

Gaby, al ver lo que hacía, le dijo en voz baja a su hermana:

—Cuando yo escuchaba detrás de la puerta, mamá me regañaba...

Ginette puso un dedo sobre sus labios, ordenándole que callara, y poco después apareció Chambertin que les dijo:

—Hijas mías, vuestro abuelo acepta encargarse de vosotras... Pero que seáis muy buenas y obedientes.

Las niñas le miraron, haciendo un gran esfuerzo por contener el llanto que les nublaba la vista, y Chambertin, que lo advirtió, quiso abreviar la despedida diciéndoles:

—Ahora tengo que marcharme... Adiós, queridas. Ya sabéis mi dirección.

—¿Nos escribirás?—le preguntó Ginette.

—Claro — respondió Chambertin —, y volveré pronto a veros. El señor Bertal me permitirá haceros alguna visita, y yo os traeré bombones y muñecas.

Las abrazó cariñosamente y al fin salió de aquella casa, donde dejaba lo que más quería en el mundo.

Cuando hubo salido, el señor Bertal llamó a su sirvienta y le dijo:

—Señorita, las niñas se quedan en casa y usted se encargará de educarlas.

—¿Ha consentido usted en tenerlas aquí?

—No podía negarme a ello.

—¿Por qué no?

—Porque soy su abuelo y la ley me habría obligado a ello—respondió su amo.

—¡Bah, la ley!... La ley obligará, en todo caso, a su padre...

—No discutamos sobre el particular—respondió secamente él—. Sepa usted que se quedan y que usted se encargará de ellas.

Era la primera vez que el señor Bertal discutía cualquier proposición de la sirvienta, y esto sirvió para que fuese aun mayor el odio que ella sintió hacia las desgraciadas niñas.

Y desde aquel momento empezó para Ginette y para Gaby una vida de privaciones, sufrimientos y malos tratos. Aquella arpía no tenía corazón y solamente veía en las niñas el obstáculo que podía interponerse a realizar lo que tantas veces había soñado. Sin pensar en la orfandad de las desgraciadas, las trataba despóticamente, haciéndolas aparecer a los ojos de su abuelo como unas niñas discolas y mal educadas, a quienes era imposible corregir. Procuraba por todos los medios aumentar el desafecto entre el abuelo y las nietas, para de esa forma

impedir que el señor Bertal pudiese sentir ningún cariño por ellas.

El viejo Bertal, sin darse cuenta del juego que hacía su criada, creía a ojos cerrados cuanto le decía de las niñas y terminó por no ocuparse de ellas siquiera, dejándolas por completo al cuidado de la sirvienta.

Gaby lloraba continuamente, y era Ginette, la mayor, la que tenía que consolarla y darle la esperanza de que un día u otro vendría Chambertin por ellas y las sacaría de aquel infierno en el que se veían encerradas sin culpa alguna. Era inútil que las dos se esforzasen en querer complacer a la sirvienta, y pronto se dió cuenta Ginette de que aquella mujer las odiaba.

Días después de estar en la casa, una tarde se hallaban las dos hermanas estudiando, cuando entró la criada y, sin venir a cuento, empezó a regañarlas, como siempre, y les dijo:

—¿Es vergonzoso!... ¿En qué manos estaríais?

Ginette, que comprendió lo que quería decirles, la miró orgullosamente y la criada comprendió que la había molestado, por lo que insistió de nuevo exclamando:

—¿Te pica, verdad?... Orgullo tenemos... Eso es propio de las pe-

rezosas. Y a tu edad es una imper-
tinencia.

Ginette no se atrevió a responder.
No quería que por su causa pudiera
aquella mujer tener razón, y calló
prudentemente.

Escenas como ésta que acabamos
de relatar se sucedían diariamente,
y no era solamente eso, sino que
siempre que podía encontrar una
oportunidad, y la encontraba casi a di-
rio, la sirvienta las condenaba a pri-
varles del postre y de la merienda.
A tal punto llegó la actitud de la
sirvienta para con ellas, que el se-
ñor Bertal empezó a sospechar de
que las niñas no eran cuidadas como
debían. Pero como no tenía ninguna
prueba y por otra parte tenía que
se le pudiese marchar la criada, no
se atrevió a decirle nada.

Otra vez sorprendió a Gaby mi-
rando el jardín, y le dijo agresiva-
mente:

—¿Qué miras?... ¿Es el sol lo que
te atrae?... Pues hoy no hay solida.

Gaby se puso a llorar al verse cas-
tigada tan injustamente, y su her-
mana corrió a abrazarla para con-
solarla, produciendo la indignación
de la criada, que le dijo:

—¿Por qué la consuelas?

—Porque no quiero que lllore mi
hermanita—respondió Ginette, de-
cidida a defenderla.

—¿Prefieres alimentar su orgu-
llo?... Pues os quedaréis sin postres
y llenaréis una plana de pañotes...
Eso es lo único que está a la altura
de vuestras inteligencias.

Salió de la estancia dejando a
Gaby llorando, y Ginette la acogió
amorosamente, como si fuera una
madrecita, y la dijo consolándola:

—Gaby, nenita, no llores así.

La chiquilla, que no podía com-
prender aquella maldad tan grande
para con ellas, le preguntó inocen-
tamente:

—¿Por qué será tan mala esa
mujer?

—No lo sé — respondió Ginet-
te—, pero tú no llores. Se lo dire-
mos al padrino.

—Sí, debemos decirselo—respon-
dió Gaby, dejando de llorar a la sola
evocación de aquel hombre que tan-
to cariño les tenía—. Si no será me-
jor que yo se lo escriba.

Ginette sonrió, comprendiendo
que nada adelantaría con ello, pero
no quiso quitar la esperanza a su
hermanita y la dijo alegremente:

—Mientras tú escribes yo te con-
taré la historia del Príncipe Seduc-
tor.

—Sí, sí — exclamó alegremente
Gaby.

—Pero con una condición—le di-
jo su hermana.



—Mamá tiene razón.

Era para ella doloroso el
tener que abandonar a sus
hijas.



—Pareces la encargada
de dar las gracias.



—¿Por qué será tan mala
esa mujer?

L A S D O S N I Ñ A S D E P A R I S



—Cenerentola tenía que consolarla.

—No debió romper el disco.



—No la regañe a ella. He
sido yo.



Cuando sospeché que
todos dormían...

LAS DOS NIÑAS DE PARÍS



—¿Vendrás a verme?

—Atrásenar de esa forma a dos niñas.



Chambertin suplió sus
veces.



—Ya no puedo con este
negocio.

L A S D O S N I Ñ A S D E P A R I S



Quedaron sorprendidos



—¿Por qué no lo dice
todo?



El abuelo había vuelto a encontrar el cariño verdadero.



Te las habías prometido muy felices.

—¿Cuál?

—Que tienes que sonreírte para que yo no te vea triste.

—Está bien. Haré lo que tú quieras, pero termina de contarme la historia. ¿Te acuerdas dónde que damos?

—Sí—le dijo su hermana—. Que damos en cuando el príncipe busca a la princesa. Pues bien; la princesa se hallaba prisionera en una torre... guardada por un hada maligna... La princesa estaba asomada; cuando vio llegar al príncipe.

—¿Y cómo vestía el príncipe?—preguntó Gaby, emocionada por el relato.

—Oh, llevaba un manto de seda y un sombrero con plumas... Cuando ya la iba a hablar, el hada maligna entró...

Dió fin a su narración, porque vio entrar en aquel instante a la sirvienta que, dándose cuenta de lo que hacían, exclamó indignada:

—En lugar de trabajar, contando cuentos, ¿eh?... ¿Eso es lo que aprendiste en el teatro?... Pues aquí tendréis que olvidarlo... ¿sabéis?... ¡Cómicas! ¡Sois unas cómicas como vuestra madre!

Ginette, que era siempre la que procuraba hacer callar a su hermana; al oír que aquella mujer preten-

día insultar a su madre, se levantó airadamente y exclamó:

—¿Le prohibo que insulte a mamá! ¿Lo oye usted bien?... ¡Se lo prohibo!

—¿Pretendes acaso darme órdenes a mí?—preguntó amenazadora la criada—. Eso sería en vuestros tiempos de esplendores... ¡Pero conmigo no os vale eso, tontas!

Cuando más agria era la discusión entró el abuelo, y al verle la sirvienta se fué lloriqueando hacia él y se le quejó diciéndole:

—¡Oh, señor, me hacen la vida imposible!

—Es mentira, abuelo—replicó Ginette, pretendiendo defenderse.

Pero su abuelo no admitía discusiones acerca de las órdenes que daba la criada, y la mandó callar severamente, diciéndole:

—Ginette, te prohibo que hagas observaciones...

La muchacha bajó los ojos al suelo. Comprendía que en aquella casa no tenía a nadie que pudiera defenderla y su abuelo, al comprender la pena que le había causado con su reprensión, dulcificó el tono y pretendió corregirse diciéndole:

—Si te riñe es por tu bien y debes obedecer... ¿Has entendido?

—Sí, abuelo—respondió humildemente Ginette.

Salió el señor Bertal, pero interiormente, aun cuando no dijo nada, comprendió, o por lo menos empezó a darse cuenta, de que su sirvienta no trataba a sus nietas con todo el cariño que era debido.

Aparte de lo que él hubiera podido hacer con la madre de ellas, no dejaba de tener un buen corazón, y la conciencia le acusaba de no

prestar a aquellas niñas que llevaban su propia sangre, todo el cariño y cuidado que necesitaban. No dejaban de ser hijas de su hija y, muerta ésta, todo el cariño que él quiso encerrar en su corazón, para hacer hablar tan solo el despecho que le había causado el casamiento de Lisette, apareció en él y se propuso desde el día siguiente velar más por ellas.

CAMINO DE LA PENDIENTE

El dinero que le entregara Lisette a su marido el día antes de salir para aquel viaje tan fatal para ella, sólo duró algunos días en poder de él. Pronto se lo llevaron las salas de juego y de nuevo volvió a estar en la mayor indigencia. Llegó el día que nada tuvo que llevarse a la boca y empezó a rodar pendiente abajo, hasta hacerse amigo de una serie de tipos que todos tenían algo que ver con la justicia.

Entre ellos había un tal Latringle sujeto de pésimos antecedentes, y a quien en cierta ocasión Pedro tuvo la desgracia de pedirle un poco de dinero prestado. Como pasaba el tiempo y Pedro no podía devolverle

el dinero, un día se le presentó y le dijo:

—Te necesitamos para un negocio.

—No cuentas conmigo—le respondió Pedro, a quien aquella vida empezaba a amargarle.

El otro se le quedó mirando irónicamente y le respondió a su vez:

—Eres un mal amigo... No sirves para nada. Has tenido ocasión de pagarme lo que me debes y no lo has hecho...

—Ya te he dicho que no tengo dinero.

—Pues yo necesito que me pagues.

—Yo te devolveré el dinero que

me has dejado, pero bien sabes que ahora no puedo.

—Ni podrás nunca. No sé de qué manera me vas a pagar... Ni siquiera quieres ayudarnos a dar un golpe.

A Pedro le repugnaba aquello que le proponía su amigo. Es verdad que había llegado a los fondos de lo más bajo, pero aun le quedaba un resto de conciencia, y el convertirse en ladrón le repugnaba, hasta el punto que le respondió a Latringle:

—No, ya sabes que conozco tus golpes. Seré todo lo que quieras, pero aun soy honrado.

—Pues podías empezar siéndolo conmigo —le dijo despectivamente Latringle—. ¿Por qué no me pagas? Te advierto que si no lo haces te denunciaré, y ya veremos quién sale perdiendo... Conozco todas tus fullerias del juego.

Y tanto insistió Latringle, primero con promesas y luego con amenazas, que, al fin, Pedro no tuvo más remedio que acceder, aun en contra de su voluntad, a las pretensiones de su compinche.

Al día siguiente fueron a buscar a otro de sus amigos que disponía de un coche, y Latringle se lo presentó diciéndole:

—Este es el amigo de quien te he hablado.

El chofer lo miró detenidamente y exclamó:

—¿Estás decidido?

—Cuando yo lo traigo... —respondió Latringle—. ¿Va bien este coche?

El chofer sonrió ante la pregunta y respondió finalmente:

—Hace los 110 como una seda.

—¿Podremos usarlo mañana?

—Desde luego, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que yo tome parte en los beneficios.

—Eres un sinvergüenza, pero como nos haces falta, te daremos parte —terminó diciéndole Latringle—. Esperamos mañana.

De aquella forma quedó convenido el robo que habían de perpetrar a la noche siguiente, y Pedro se fué de allí con el presentimiento de que desde el otro día su vida habría cambiado. Nunca pensó, a pesar de su vida aventurera, que llegaría a ser un vulgar ladrón, y ahora la realidad y los embates de la vida lo ponían al borde de un precipicio cuya caída era fatal.

Al día siguiente la sirvienta del señor Bertal volvió sobre las andadas. Aprovechó la ocasión de que la mujer que trabajaba en la cocina

no estaba, para llamar a Ginette y decirle:

—Como Julieta no está, tienes que limpiar la verdura... ¡Cuidado con jugar! ¡Si cuando vuelva no está todo listo, prepárate!

Iba a salir, pero como vio a Gaby que estaba mirando a su hermana, le hizo entrar también a la cocina, diciéndole:

—¿Y tú qué haces ahí parada?... ¡Anda, ayuda a tu hermana!

Salió de la cocina, y en cuanto hubo desaparecido, Gaby palmoteó alegremente, enseñándole a su hermana la llave del armario donde les tenía escondido el fonógrafo, y le dijo:

—¡Mira, la llave!... Se la quité sin que se diera cuenta. El abuelo duerme ahora. Tú, vigila, no vaya a ser que vuelva, mientras que yo saco el fonógrafo.

Pero cuando más entusiasmada estaba sacando el aparato del armario, apareció la sirvienta y al darse cuenta de que le habían quitado la llave y ver el motivo por el cual lo habían hecho, exclamó indignada:

—Me has quitado la llave para el fonógrafo, ¿verdad? Creí que eso estaba reservado para el domingo... pero os ha parecido mejor quitarme la llave... ¿Cielas que no me iba a dar cuenta?... ¡Ladronas!

Gaby tenía en la mano el disco que su madre había impresionado con la canción «Mamá», y Ginette, temiendo de que pudiera pegarle a su hermanita, se echó ella la culpa diciéndole:

—No la regañe a ella. He sido yo...

—¡Las dos sois iguales!—gritó la sirvienta—. Se empieza robando una llave y se acaba robando dinero... ¿Sabéis lo que os espera? ¡El correccional!

Ginette iba a responderle. No podía consentir que la llamasen ladrona, pero antes de que pudiera hablar, la vieja arpa le gritó:

—¡A callarse!... En lugar de engallarte debieras avergonzarte. Os atrevéis a robar sólo por oír música, ¿verdad?

—No, no era por eso—respondió Ginette.

—¿Entonces por qué?

—Para oír a mamá.

—Sí, era para oír a mamá—dijo también Gaby.

—Es la canción que ella cantaba para nosotras — le explicó Ginette, creyendo que de esta forma aquella mujer comprendería el por qué le habían quitado la llave y las disculparía.

Pero en vez de conseguir eso, lo único que logró fué que aun se ex-

citara más, y cogiendo el disco que Gaby tenía preparado, exclamó:

—Pues voy a evitar que repitáis la hazaña.

Y sin tener en cuenta el dolor que había de causar a aquellas infelices, privándolas de la voz tan querida de su madre, rompió con furia el disco en varios pedazos, y Gaby se echó a llorar amargamente, a pesar de que su hermana trató de consolarla diciéndole:

—No llores, Gaby... Compraremos otro.

—¿Y con qué dinero?—le preguntó la sirvienta.

Ginette, inocentemente, sin pensar en toda la maldad que tenía aquella mujer, le respondió:

—Con el que tengo en mi hucha.

—¡Ah, sí! —gritó cada vez más indignada, viendo que para todo tenía remedio aquella muchacha—. Pues confiscaré tu hucha y a ver con qué la compras.

Hizo además de apoderarse de la hucha de las niñas y Ginette pretendió oponerse diciéndole:

—¡Eso no!... Entonces la ladrona sería usted.

Y al ver que la criada arrojaba con violencia a su hermana, Ginette no pudo contenerse y se abalanzó sobre ella diciéndole:

—¡Ero, no!... Si le pegas te doy una bofetada.

En aquel preciso instante entró su abuelo, que atraído por las voces, se había levantado y al ver la actitud de su nieta la reprendió severamente diciéndole:

—¿Cómo te atreves a levantarle la mano a la señorita?

La chiquilla corrió a su lado. Fue tal vez el instinto de la sangre lo que la impulsó a pedir amparo al único que podía y tenía la obligación de dárselo y le suplicó humildemente:

—¡Abuelo!... Ha roto el disco de mamá.

—¿Y os atrevéis a quejarnos después de lo hecho? —preguntó la sirvienta adoptando un aire de ofendida—. ¡Robarme la llave!... ¡A la cocina en seguida! ¡A trabajar inmediatamente!

—Escucha, abuelo —insistió Ginette. Pero esto, sin querer quitar autoridad a la sirvienta, le ordenó:

—Ahora a obedecer. Salid de aquí... Quiero hablar con la señorita.

Salieron las niñas, mientras que la criada sentía que la ira la consumía, presintiendo que el abuelo iba a dar la razón a aquellas locos. Y en efecto así fué, pues apenas habían salido, cuando la dijo:

—No he dicho nada antes para no quebrantar su autoridad, pero...

—¿Acaso tiene algo que reprocharme? — le interrumpió ella, sin quererle dejar terminar.

—Exactamente... Esos trabajos solamente incumben a la criada.

—Es que hoy está libre—respondió ella.

—Además — siguió diciéndole el señor Bertal —, no debió romper el disco.

—¿Qué quiere usted que hiciera, después de que me habían robado la llave?

—¿Robar! — exclamó el señor Bertal, como si le hiciera daño la frase—. Puede emplear otra palabra... Privarlas de su fonógrafo... es una crueldad inútil.

—Usted dijo que no quería cir...

—Me explicaría mal... Pero en fin, les compraré otro disco.

La ira consumía a la sirvienta. Se daba cuenta de que aquellas niñas empezaban a interesar al abuelo y era esto precisamente lo que ella

quería evitar a toda costa, por lo que le respondió irónicamente.

—Bonita lección... Luego harán lo que quieran y nadie podrá reprenderlas.

—Déjese de réplicas, que yo sé lo que tengo que hacer—terminó diciéndole el señor Bertal.

Y sin admitir más respuesta de la sirvienta salió de la estancia con el firme propósito de cambiar de actitud para con sus nietas. Aquel hecho de haber destruido el disco que con tanto cariño había impresionado su hija, fué para el viejo un golpe que le quitó de los ojos la venda, con la que lo quería tener ciego la pérfida sirvienta.

Esta, por su parte, se dió cuenta de que perdía terreno, mientras que las otras lo ganaban y cuando quedó sola pensó que tenía que encontrar algún medio para deshacerse de las niñas antes de que pudiera ser demasiado tarde.

Y este medio se lo dieron ellas mismas, sin necesidad de que la sobrina del usurero tuviera que hacer nada para conseguirlo.

LA HUIDA

LA vida allí ya se les hacía imposible a las dos niñas. Cualquier cosa era preferible a seguir sufriendo los malos tratos de aquella mujer y como es natural, las dos pensaron en la única persona que les quedaba en el mundo que las quería: en su padrino.

Cuando aquella noche quedaron solas, Gaby le dijo a su hermana:

—Ya has oído lo que ha dicho. Habló del correccional... Yo no quiero ir.

—No temas—le dijo Ginette—, no iremos. El padrino debe estar ya en París.

—Pero no nos ha escrito.

—Porque ella habrá roto las cartas... Ya verás lo que haremos cuando todos estén dormidos; nosotras nos escaparemos.

Y en efecto, aquella misma no-

che, cuando sospecharon de que todos dormían, Ginette llamó a su hermana y le dijo:

—Mira que el camino va a ser duro... ¿Tendrás valor?

—Con tal de salir de aquí, haré cuanto sea necesario — respondió la chiquilla.

—Pues ponte tu abrigo y prepárate.

—¿Tomaremos el tren?—le preguntó Gaby.

—Imposible, querida, no tenemos dinero.

—¿Y tú sabes el camino para ir a París? — preguntó la menor de las dos hermanas.

—Claro que sí... Además, hay letreros. Anda, vámonos.

Quedamonte y descalzas para hacer el menor ruido posible, salieron de la casa, sin que nadie lo advirtiera, y echaron a andar por la carretera.

ra que había de llevarlas hacia París.

Como había dicho Ginette, el camino era duro y largo para una pobre niña como Gaby. Esta, al principio, se portó muy animosa, pero a medida que iban recorriendo kilómetros, la chiquilla se encontraba con menos fuerzas y tuvo Ginette que sostenerla para que no cayese en medio de la carretera. A cada paso que daba preguntaba a su hermana:

—¿Está muy lejos todavía París?

—Ya estamos cerca, anda — la animaba Ginette.

Pero llegó un momento en que las débiles fuerzas de la chiquilla se acabaron en absoluto y Gaby se dejó caer sobre la cuneta del camino, diciéndole a su hermana:

—¡No puedo más, Ginette!

Ella la levantó amorosamente como hubiera hecho una madre y, apartándola hacia el borde, la hizo sentar diciéndole:

—Vamos, siéntate aquí... Yo voy a ver si pasa un auto y nos lleva... No te duermas, ¿eh?... Voy hasta el recodo...

Mas a pesar de la recomendación de su hermana, apenas se quedó sola, la sobrecogió un sueño más fuerte que su voluntad de permanecer despierta y soñó con aquel fan-

tástico cuento que su hermana le contara. De pronto sintió una voz a su lado que le preguntaba:

—¿Qué haces aquí, pequeña?

Se despertó y al abrir los ojos vió ante ella a un joven vestido con una larga capa de seda y un sombrero con plumas. Pensó que todavía estaba soñando y preguntó ingenuamente:

—¿Eres el Príncipe Seductor?

—Tal vez—respondió sonriendo el que la había despertado.

—¿Y usted es la princesa?—preguntó a la joven que le acompañaba.

—¿Qué haces aquí?—le preguntó ella.

Entonces fué cuando se dió cuenta Gaby de que eran seres reales y los miró con cierto temor, hasta que él, nuevamente, le dijo:

—No temas, pequeña... ¿Qué haces aquí?

En aquel momento llegó Ginette, que había visto el auto parado en el lugar donde dejara a su hermana, y exclamó dirigiéndose a ellos:

—Es mi hermana... La dejé para buscar un auto que nos llevara a París... Oh, ¿usted tiene coche?

—Yo creí que era usted el príncipe del cuento que me contó mi hermana.

El muchacho sonrió ante la in-

genuidad de la pequeña, y le respondió:

—No soy tu príncipe, nena... Iba tan solamente con mi hermana a un baile de máscaras.

Desde el primer instante en que la vió, el joven quedó prendado de la belleza angelical de Ginette. En su vida había visto un rostro más perfecto que aquél, ni que expresara tanta dulzura. Ginette, sin darse cuenta de la impresión que había causado en el joven, le dijo humildemente:

—Si quisiera usted llevarnos... También vamos nosotras a París.

—¿En plena noche?—preguntó, sorprendido.

—Es que nos hemos escapado—le confesó Ginette.

—¿Os habéis escapado de vuestra casa?

—No, de nuestra casa, no—se apresuró a decirle Ginette.

La hermana del joven se dio cuenta de que Gaby estaba titubando y se lo advirtió a su hermano diciéndole:

—Jorge, esta nena tiene frío... Llévenosla de aquí.

—Subid al coche—les dijo Jorge, ayudando él mismo a subir a la pequeña.

Y mientras que iban camino de París, Ginette creyó oportuno de-

cirle toda la verdad, de por qué habían huido de la casa del abuelo. Le refirió el trato que allí les daban, y finalmente le dijo:

—Éramos muy desgraciadas, por eso huímos a casa del padrino.

—¿Y quién es vuestro padrino?

—Es Chambertin, el artista... ¿Le conoce?

—¿Chambertin?... Sí, le conozco... ¿Dónde vive?

Ginette iba a darle la dirección cuando el joven cambió de parecer y les propuso:

—Escuche... ¿No sería mejor que vinieran a mi casa?... Mañana buscaremos al padrino.

—Sí—propuso también la hermana de Jorge— La pequeña se está cayendo de sueño.

Ginette acentó la hospitalidad que le daban por aquella noche, y poco después llegaban a la señorial mansión donde vivía Jorge y en donde debían pasar aquella noche las dos muchachas.

Mientras tanto, en casa de su abuelo se habían dado cuenta de la desaparición de las niñas y empezaban a moverse para encontrarlas. Gaby, al salir, no había podido evitar un pequeño ruido, y su abuelo, que no dormía, preocupado por lo que había pasado aquella tarde, se

tiró del lecho y fué en busca de las pequeñas.

Se encontró en el pasillo con la vieja sirvienta y le dijo:

—He oído un ruido en la habitación de las niñas. Vaya usted a ver qué ocurre.

Fuó la vieja, seguida de su señor, y al entrar allí y ver las camas vacías, exclamó:

—Aquí no hay nadie.

—Se han marchado — exclamó con desaliento el abuelo.

—Y se han llevado sus vestidos — volvió a decir la vieja.

—Es extraño.

—¡Bah! — murmuró despectivamente la sirvienta — Es lo natural en ellas.

—Hay que correr a buscarlas — ordenó su abuelo, intranquilo por la suerte que pudieran haber corrido.

—¿Y adónde quiere usted que vayamos a buscarlas con la obscuridad que hace?

Para la criada, aquella huida de las niñas era una verdadera solución. Pensaba que ellas mismas le habían solucionado el problema que tanto le preocupaba, pues era infalible que las muchachas no querían dar señales de vida, con tal de no volver a casa de su abuelo. Y si esto ocurría, ya no tendría ningún obs-

táculo que impidiera el logro de sus fatales deseos.

En aquel momento, el abuelo encontró la carta que las niñas habían dejado anunciando que se iban, y leyó su contenido, que decía:

«Abuelo: Perdón nuestra fuga, pero no podemos soportar por más tiempo la amenaza de la señorita Benazer de encerrarnos en un correcional...»

Cuando volvió la criada de buscar a las niñas por todas partes y por el jardín, el señor Bartal le enseñó la carta y le dijo:

—¿Puede usted vanagloriarse de su obra!

—¿Qué he hecho yo? — preguntó hipócritamente la señorita Benazer.

—Pues que por su culpa, han huido.

La señorita Benazer se le quedó mirando extrañada de que le hablase en aquel tono. Hasta entonces jamás se había atrevido el señor Bartal hacerle ninguna recriminación, y la vieja empezó a darse cuenta de que iba perdiendo la confianza que el dueño había depositado en ella. Aquello hizo que aun sintiera mayor odio hacia las pequeñas, que ella consideraba causante de todo cuanto le ocurría.

No obstante, quiso recuperar el

terreno perdido y exclamó con verdadero cinismo:

—¿Qué es lo que está usted inventando contra mí, señor Bertal?

—Yo no invento nada—volvió a decirle el abuelo de Gaby y Ginette—. Mire usted lo que han dejado escrito.

Lo entregó la carta, y cuando la señorita la hubo leído se la devolvió diciéndole, indignada:

—¿Lo que dicen aquí es una pura mentira!

—Nada de eso—le respondió el abuelo—. Esta carta es sincera. Ellas son incapaces de decir nada que no sea verdad... Si yo me hubiera ocupado más de ellas, no estarían a estas horas sabe Dios dónde, sin tener nadie que las ampare.

—Entonces, ¿cree usted que soy yo la que miente?—preguntó livida por la ira que la consumía.

—Ya lo veremos—fué toda la contestación del abuelo—. Ahora hay que encontrarlas.

—¿Y qué es lo que piensa usted hacer?—preguntó con cierto temor la señorita Benazer.

—Por lo pronto, dar parte a la policía.

—¿A la policía?—preguntó inquieta la vieja arpía, que no le in-

teresaba que la policía tomase parte en aquel asunto—¿Para qué?

—Pues para que las busque... Quiero dar con ellas sin falta... Ahora comprendo que mi obligación es velar por las hijas de mi hija... No quiero que pese sobre mi conciencia la maldición de su madre, que desde el cielo puede juzgarnos.

La señorita Benazer no se atrevió a insistir. Temía que el viejo pudiera aun tener mayor desconfianza y sólo se permitió decirle:

—Yo... créame... Creí que obraba bien... Tenía miedo de que pudieran salir a su madre.

Aun lo arregló peor, pues el señor Bertal, al oírlo expresarse con tan poco respeto hacia su hija muerta, le gritó, indignado:

—Le prohíbo de hoy en adelante hablar de esa forma de mi hija. Sepa usted que mi hija merece todos los respetos de usted y de todo el mundo... ¿Olvida acaso que es hija mía?

La cosa se ponía cada vez peor, y la señorita Benazer comprendió que lo más prudente era dejar que pasase aquella tormenta y volver de nuevo a conquistar la confianza del viejo.

PADRE E HIJA

N O tardaron en llegar Ginette y su hermana en compañía de sus salvadores a la casa de Jorge, y el muchacho, que cada vez sentía más atraído por la belleza de Ginette, las hizo entrar allí, procurando aparecer ante ellas lo más amable posible.

Llamó a una de las sirvientas y al presentarse una de ellas le dijo:

—Y Lucia, ¿dónde está?

—Como los señores, también se fué al cine.

—Está bien —respondió la hermana de Jorge—. Encárgate tú, entonces. Prepara habitación para estas nenas y procura que nada les falte.

—Nos hace usted un favor in-

menso—exclamó Ginette, emocionada por la bondad de los dos hermanos—. Estaba tan preocupada y tan sola... Una fuga de noche es peligrosa.

Jorge sonrió agradablemente y le dijo, procurando disipar de ella todo temor:

—Duerma usted tranquila, señorita...

—Ginette —terminó diciendo ésta, al darse cuenta que aún no le había dicho cómo se llamaba.

—Bonito nombre—exclamó Jorge, sin apartar la vista del angelical rostro de la hermana mayor—. Tan bonito como usted.

Era aquella la primera gelantería que Ginette oía de labios de un hombre, y sin saber por qué sintió

que ardian las mejillas y sólo pudo responder, bajando los ojos al suelo:

—Es usted muy amable—. Y para disimular su turbación, le dijo a su hermana: Gaby, da las gracias al señor.

Pero Gaby dormía ya a pierna suelta, y la hermana de Jorge imploró que la despertara diciéndole:

—Pobre pequeña... No la despierte:

Y dirigiéndose a la sirvienta le recomendó nuevamente:

—Paulina, procure que nada les falte.

—Perdone usted que tengamos que marcharnos—le dijo Jorge.

Se despidieron los dos hermanos y Paulina, sospechando que tendrían hambre, le dijo a Ginette:

—Veré si hay algo arriba... Como soy la cocinera...

—No se moleste—se apresuró a decirle Ginette, que lo que quería era dar la menor molestia posible—. Nosotros dormiremos en cualquier parte.

Salió la cocinera y las muchachas se quedaron en la habitación que les había sido designada, deseando volver a dormir nuevamente. El cansancio de la caminata que habían dado y todos los sobresaltos de aquella noche, las tenía verdaderamente rendidas. Gaby no tardó en quedarse

profundamente dormida, antes que su hermana, y cuando ésta iba a hacerlo también, le pareció oír ruido en la habitación contigua, y con la imprudencia propia de la edad, salió a ver de qué se trataba.

Su sorpresa no tuvo límites cuando vio que había allí un hombre que se dedicaba a abrir armarios y que este hombre era precisamente su padre. Al ruido que hizo la muchacha al entrar, Pedro volvió la cabeza dispuesto a defenderse contra quien fuera y, al ver de quién se trataba, no pudo menos que exclamar, extrañado:

—¡Ginette!... ¿Tú aquí?

Su hija le miraba asombrada. No podía dar crédito a lo que sus ojos veían, y al fin, saliendo de su asombro, exclamó:

—¡No es verdad!... ¡No es posible que seas tú!

Pero la realidad era tan grande, que Ginette vio que su padre llevaba en las manos el producto de su robo, y mientras que guardaba el dinero en el bolsillo, le volvió a decir:

—¡Vete, papá!... No te lleves nada... ¡No robes!

Su padre se puso el dedo índice sobre los labios para indicarle que no hablase, pero Ginette, acordándose de la hospitalidad que tan generosamente le había ofrecido a ella

y a su hermana aquellas personas, insistió diciéndole:

—Te ruego que lo devuelvas todo!... ¡Devuelve lo robado, o grito!

Mas su padre, ante el temor de que pudiera cumplir lo que le decía, le tapó fuertemente la boca con la mano y cogiéndola en brazos la sacó de aquella casa, por el mismo balcón por donde había entrado.

Al llegar a la calle se encontró con sus dos compañeros que lo aguardaban en un coche y, entrando en él, les gritó:

—Huyamos de aquí...

—¿Para qué te has traído a esta muchacha? — le preguntó uno de ellos.

—Vámonos, que ya te contaré.

Pedro Manin también sentía el remordimiento que le causaban las palabras de su hija, y no quería seguir oyéndole reproches. Por lo mismo, quiso poner fin a ellos y le dijo:

—Bueno... Ya ves que te hablo con dulzura... Dime lo que hacías en aquella casa...

—Allí vive un caballero—exclamó Ginette, acordándose de Jorge, de la amabilidad con que la había tratado y de su acción noble de recogerlas en mitad de la carretera y darles albergue, sin saber quiénes eran.

—Allí vive un caballero—volvió

a decirle—, que nos recogió a Gaby y a mí... Y tú, precisamente, tú...

No pudo terminar de expresar su pensamiento, porque las lágrimas se esparcieron a sus ojos, y se ocultó el rostro entre las manos. Su padre empezó a comprender el juego que la fatalidad había tenido en todo aquello, y pretendiendo acariciarla, le dijo cariñosamente:

—Bueno, cálmate y cuéntamelo todo.

Ginette le refirió todo lo que habían pasado Gaby y ella en casa de su abuelo, desde la muerte de su madre. La decisión que habían tomado las dos hermanas de huir de aquella mujer que las maltrataba sin compasión, y, finalmente, el gesto de Jorge de recogerlas de la carretera y ofrecerles su casa para que pasasen la noche.

—Ya ves cómo se portaron con nosotras... Con las hijas de quien... ¡Es tan triste todo esto!

También para Pedro lo era. Su alma no estaba tan pervertida como para no comprender la verdad de los hechos, y el cariño que siempre tuvo a sus hijas, le acusó de la acción que había cometido aquella noche, si bien había sido impulsado por aquel maldito amigo.

Pedro, al oír el tormento en que

las tuvo aquella mujer, no pudo contenerse, y exclamó:

—¡Malditos!... ¡Atormentar de esa forma a dos niñas!

—No, él, no. El abuelo no era malo—exclamó Ginette—. Era ella, ella, que es una bruja.

—Si yo lo hubiera sabido—se dijo, como si hablara consigo mismo.

—¿Qué hubieras podido hacer?—le preguntó cariñosamente su hija.

—Nada — respondió con desaliento Pedro —; no sirvo para nada... Pero no me quejo, me está bien empleado.

El coche se puso en marcha y poco después llegaron a la casa donde vivía Pedro, que aun llevaba a su hija en los brazos.

Durante el trayecto, Ginette, sin poder aguantar más, se quedó profundamente dormida, hasta que llegó adonde vivía su padre. Este la dejó sobre su mismo lecho y desde allí vió cómo otro hombre, o sea el que los había acompañado en el coche que era precisamente Latringle, repartía el producto del robo entre los tres, diciéndoles a sus compañeros:

—Tomad vuestra parte... 900 francos cada uno... No os podréis quejar... Soy un tío que no fallo una... Ya habréis visto que donde

pongo el ojo... Y eso que habría más... Pero éste es un imbécil...

—Ya te dije que me entretuvieron — respondió Pedro disculpándose.

—Ya lo sé, pero veamos... ¿Por qué has cargado con esa momia?

—Ya te he dicho antes que es mi hija... y como me reconoció...

—¿Y qué vas a hacer ahora con ella? — preguntó—. Eres un tipo complicado... Siempre tienes líos de familia... En fin, allá tú... Yo voy a ir a casa de Moisés a ver lo que da por todo lo que me estorba... Hay que deshacerse de todos estos objetos que has pescado, antes de que la policía pueda averiguar algo.

Salieron los dos compañeros, dejando sólo al padre y a la hija, y aquél, al ver que Ginette había despertado, y que lo miraba aterrada, le preguntó:

—¿Por fin has despertado? Ahora podrás hablar... ¿Qué hacías en aquella casa?

Pero Ginette, presa de un pánico horrible, miraba a su padre espantada, y éste, para hacerla hablar, volvió a decirle:

—No temas... Soy tu padre...

—¡Eres un ladrón! — exclamó sollozando Ginette.

Pedro se desesperó ante el insulto de su hija y exclamó:

—¡No vuelvas a las andadas!... Y, sobre todo, no me mires así, como si quisieras matarme.

Ginette, dándose cuenta de toda la desgracia que era para ella el tener un padre ladrón, exclamó:

—Me avergüenzo de estar aquí contigo...

—Te advierto—le dijo su padre, a quien las palabras de su hija empezaban a hacerle mella en su conciencia—que no necesito lecciones de moral.

Ginette le miró casi compasivamente y exclamó:

—Si supiera el daño que me haces con tu manera de proceder...

Ginette adivinaba el dolor de su padre, adivinaba su arrepentimiento y acariciándolo mimosamente, le dijo:

—¿Por qué te fuiste?... ¿No nos querías?

Su padre no pudo contenerse. Si algo había en él que no habíase perdido en aquel mundo de cieno adonde le había arrastrado su vicio del juego, era precisamente el cariño que siempre había tenido a sus hijas. La abrazó amorosamente, mientras que su hija seguía diciéndole, con una voz que le llegaba hasta lo más profundo de su alma:

—Yo sé que no eres malo... Si tú quisieras...

—¿Si quisiera qué?...?—preguntó su padre con el mismo afán que un náutrago se aferra a una tabla que puede ser su salvación:

—Pues volverías con nosotras...

Pedro Marin, ocultó el rostro entre las manos, para que su hija no se diera cuenta de sus lágrimas, y al fin respondió:

—Es demasiado tarde!... ¡No creas que es fácil salir del cieno!

—Pero ahora hemos vuelto a encontrarnos—volvió a decirle Ginette— Tú sabes cuánto te queríamos Gaby y yo... ¡Hablábamos tanto de ti!... ¿Por qué no quieres?

—Porque no puede ser, Ginette... ¡Oh, si pudiera ser, si pudiera volver a ser un verdadero padre!... La vida daría por ello. Pero ahora, ya ves, no sé ni lo que haré contigo.

—Ya lo pensaremos—le dijo cariñosamente Ginette—. Ahora saldremos de aquí, antes de que vuelva ese hombre.

—Sí, salgamos de aquí... No quiero que vuelvas a verlo—le dijo su padre—. Mira, nena, yo no puedo llevarte conmigo... Hasta que pase el peligro, debemos separarnos... Vete a casa del padrino.

—Bueno—aceptó Ginette—. Llévame allí, pero tú no vuelvas más por aquí. No quiero que vuelvas a

ver a ese hombre... ¡Júrame que no lo volverás a ver.

—Te lo juro—respondió sinceramente su padre—. ¿Estás contenta?

—Sí — exclamó Ginette —, y cuando se lo cuente al padrino se alegrará mucho, porque él también te quiere.

Fueron a salir, y Pedro se dio cuenta de que no llevaba la cartera. Se la buscó por los bolsillos, pero Ginette le dijo sonriendo:

—No la busques... Yo misma te la quité.

—¿Por qué?—preguntó Pedro.

—Porque no quiero que tengas dinero robado... El padrino te dará lo que quieras...

—No, eso sí que no. Demasiado hace con vosotras... Ya me las arreglaré yo.

Y sin detenerse más salieron de allí, sin que Pedro hiciera la menor intención de coger la cartera que Ginette le había quitado y que había dejado ella misma sobre la mesa.

El mismo llevó a Ginette cerca de la casa del padrino, y cuando comprendió que nada podía ya ocu-

rrirle, se fué hacia la casa del usurero Moisés, para vender alguna prenda de las suyas y poder de esa forma comer algo.

El viejo usurero era tío de la señorita Benazer, que tan mal había tratado a las niñas. Como no tenía otra cosa que ofrecer, le entregó el abrigo que llevaba puesto, diciéndole antes:

—¿Compra usted ropas?

El judío se le quedó mirando fijamente, para ver qué bulto traía, y en vista de que no veía ninguno, le respondió con indiferencia:

—Sí está en buen estado...

—Mírela usted—le dijo Pedro entregándole el abrigo.

El judío lo miró por todos lados, y al ver que era casi nuevo, le dijo, preparándole para robarle:

—Dame, pero ya sabes que las cosas andan mal.

Pedro ni siquiera discutió el precio, y una vez en poder del dinero que le entregara el prestamista, se fué hacia un café que había cerca de allí para almorzar.

EL REGRESO A CASA DEL PADRINO

EL señor Bertal, tal como le había dicho a su sirvienta, dió cuenta a la policía de la desaparición de las dos niñas, y la criada, indignada por lo que ella calificaba de injusticia, no hacía más que protestar, hasta que su señor le dijo indignado:

—No discuta más y vamos a arreglar las cuentas. Mañana mismo se marcha usted.

—Me está bien merecido—exclamó la sirvienta, viendo que todos sus sueños se iban por tierra—. Este es el pago que me da después de dos años de servirle lealmente.

—No grite—le dijo colérico el señor Bertal, a quien su conciencia le acusaba de ser, en parte, el causante de lo que les pudiera ocurrir

a sus nietas—. Su presencia aquí se me hace intolerable.

—Hay que ver—comentó la criada, procurando ver si podía recuperar el terreno perdido—. ¡Verme arrojada por dos chiquillas!

Al mismo tiempo, Gaby se despertó, y al ver que no estaba su hermana con ella, la buscó por todas partes. Convencida de que estaba sola, tuvo miedo y comenzó a gritar, hasta que llegó la cocinera, y entre las dos se pusieron a buscarla por toda la casa. Cuando la estaban buscando se dieron cuenta del robo y casi al mismo tiempo llegaron los dos hermanos y los padres, quienes preguntaron a la sirvienta por lo ocurrido.

Como es natural, ninguna de las

dos pudieron decir nada de cuanto había pasado, y procedieron a dar cuenta a la policía de la desaparición de Ginette, así como del robo de que habían sido objeto durante la noche.

Desde luego, Jorge procuró por todos los medios, hasta conseguirlo, de que Ginette no había sido la ladrona, y que solamente deseaban dar con ella por miedo a que le pudiera haber ocurrido algo.

Tanto empeño ponía en defender a Ginette, que el inspector de policía no tuvo más remedio que decirle:

—La defiende usted con mucho calor.

—Porque lo merece — respondió Jorge—. Es casi una niña. Y si usted la conociera haría lo mismo que yo.

Claro está que en Jorge influía mucho no solamente la nobleza de su corazón, sino que además había que tener presente que desde el primer instante en que vió a Ginette quedó prendado de la belleza de aquella muchacha que casi era una niña y por primera vez en su vida comprendió lo que era una pasión amorosa.

En aquellos momentos de desespero por la suerte que hubiera podido correr Ginette, Jorge se acordó de que habían hablado las niñas de

su padrino y en cuanto indagó la casa donde vivía éste, se fué allí con Gaby para ver si juntos podían dar con Ginette. Estaba decidido a todo antes que dejarla perder, y en cuanto que se lo propuso a Gaby, ésta palmoteó alegremente y exclamó:

—Sí, vamos a casa del padrino. A lo mejor está allí Ginette.

Cuando llegaron a casa del bueno de Chambertin, la sorpresa de ellos no fué pequeña, al ver que también estaba allí su abuelo. Había tenido el mismo pensamiento que Jorge, y después de arrojar a la criada, se fué en busca de sus nietas. Hubiera dado todo cuanto tenía por encontrarlas, ya que sentía que su conciencia le recriminaba por el abandono en que había dejado a aquellas niñas en manos extrañas. Parecía como si la voz de su hija muerta le reclamase y le pidiera cuenta de ello.

La alegría del pobre viejo fué enorme al ver que por lo menos había encontrado a una de ellas. Sin embargo, Jorge no experimentaba la misma satisfacción. Para él lo principal era dar con Ginette y hasta entonces la policía no había sabido nada de ella.

Cuando más desesperados estaban apareció Ginette. Su aparición en la casa fué algo emocionante. Tanto el

abuelo como su hermana corrieron a abrazarla, y la muchacha sentía que los ojos se le llenaban de lágrimas al verse tratada de aquel modo tan cariñoso. Al advertir la presencia de Jorge, que prudentemente se había retirado del grupo familiar, corrió a saludarlo y le dijo:

—Muchas gracias por las molestias que le hemos ocasionado.

—No tiene que darme ningunas gracias. Ginette — respondió emocionado el muchacho—. Solamente quiero que me diga qué es lo que le ha ocurrido. Cómo se fué de casa, o cómo hicieron que se fuese.

Ginette se acordó de su padre. Comprendía que ella no podía denunciarlo y prefirió callar antes que decir que el ladrón había sido su mismo padre. Al ver que no respondía a su pregunta, Jorge insistió de nuevo, y ella le respondió:

—No puedo decirlo.

—¿Por qué? — preguntó Jorge sorprendido.

—Porque no quiero decir nada — respondió la joven, bajando la vista, sin atreverse a mirar de frente a Jorge.

Este insistió de nuevo diciéndole:

—No sea niña, Ginette, hable usted. ¿No comprende que el juez le preguntará?

—Así y todo no diré nada. Es algo que usted no podría comprender... Le ruego que no me pregunte nada.

—¿Ya no tiene usted confianza en mí? — preguntó Jorge un poco molesto por aquel silencio.

—Usted no puede creer eso — le dijo ella dolorida—. Usted debe saber y estar seguro de que si pudiera hablar se lo contaría todo... Perdóneme, Jorge, pero no insista.

Era tan firme la decisión de Ginette que Jorge comprendió que sería inútil pretender que la muchacha hablase y que algo muy grave debería ser cuando se obstinaba en guardar silencio y no volvió a insistir sobre el particular.

LA REGENERACION DE PEDRO MANIN

COMO hemos dicho, después de vender su abrigo, el padre de Ginette fué a desayunar. Entró en un café que había cerca de allí, propiedad de una pobre viuda. Mientras tanto, llegó a casa del judío su sobrina y al verla aquél con la maleta, le preguntó irónicamente:

—Hola, ¿vas de viaje?

Su sobrina le contó en pocas palabras el despido de que había sido objeto, y el viejo Benazer exclamó riendo:

—¿Te han puesto en la calle, eh?... ¿No decías que hacías de él lo que querías?

—Hasta que llegaron esas estropeadas—respondió con ira recon-

centrada la vieja sirvienta—. Todo ha sido por culpa de esas dos mías. Desde que llegaron ya presentí lo que iba a ocurrir... ¡Brujas!

—¿Y no vas a intentar nada?

—No sé—respondió la sirvienta—. El viejo se ha venido a París a buscarlas.

—¿Y tú te vas a conformar tan fácilmente?—le preguntó su tío.

—De ninguna forma. Yo me vengaré... No se quedarán tan tranquilas. Ya lo verás.

Y el tío, frotándose las manos, al ver en perspectiva un negocio seguro, entró en los sótanos de su tienda con su sobrina para, entre los dos, poder idear un plan con el fin de vengarse del despido del viejo.

Pedro Manín, en el café donde había entrado, tomaba tranquilamente su almuerzo, mientras que un parroquiano, acompañado de otro amigo, echaba una moneda de cobre en un aparato de los llamados «tragaperras», y al ver que no sacaba el premio que él se había propuesto, comenzó a darle porrazos, hasta que finalmente le dijo a su amigo:

—Deja, haré pagar a la patrona... Ya verás.

—Oiga, patrona... Usted no ha puesto aquí el dinero para el premio.

Le dió un nuevo puñetazo al aparato y la dueña exclamó: —

—Oiga, que está prohibido eso.

—Yo hago lo que me da la gana— respondió el otro despectivamente y volviendo a trastear el aparato.

Entonces fué cuando Pedro intervino, dándose cuenta de que aquellos pillos querían abusar de la dueña, y le dijo:

—Si rompe el aparato, tendrá que pagarlo.

El individuo se le quedó mirando extrañado y le dijo, desafiándole con el gesto:

—¿También usted está en el truco?

—Yo no sé de qué truco habla usted, pero le digo otra vez que si

rompe el aparato tendrá que pagarlo—insistió Pedro.

—¡Yo quiero mi dinero!—exclamó nuevamente el jugador, pero con menos humos que al principio—. Yo no me dejo estafar.

—No haber sido idiota—le dijo Manín.

—Mire, a mí déjeme en paz y deme la pasta.

—¿Pero todavía insiste usted?—preguntó Pedro un tanto amenazador.

La dueña sin duda no quería más jaleo y le entregó el dinero diciéndole:

—Toma el dinero, pero lárgate.

—Eso es hablar con decoro—exclamó el otro, satisfecho de tener otra vez el dinero que se había gastado—. Así es cómo nos entendéremos siempre.

Pedro, nervioso ante la insistencia del parroquiano, se acercó a él, le miró fijamente, como dándole a entender que estaba dispuesto a darle de mamporros y le dijo:

—¿Quieres largarte de una vez?

El parroquiano comprendió que iban a zurrarle y ante aquella perspectiva optó por largarse. Cuando quedó solo Pedro, la dueña se acercó a él y le dijo suspirando:

—Yo no puedo con este nego-

ció... Antes tenía aquí a un sobrino. Me hace mucha falta un dependiente, que fuese honrado, para que me ayudase...; pero están tan mal las cosas.

Pedro adivinó que había llegado para él el momento de redención. Se acordó de sus hijas y pensó que tal vez con un trabajo honrado podría volver a conseguir el respeto y el cariño de ellas, por lo que respondió a la patrona:

—¿Y si encontrara usted alguien que no fuera muy exigente?

—¿Le conoce usted?—preguntó la dueña.

—Yo mismo — respondió Pedro.

La buena mujer se le quedó mirando, extrañada. No era posible que un hombre como aquel se prestase a ser camarero de un café como el suyo. Pedro comprendió lo que estaba pensando la dueña y siguió diciéndole, para justificar su actitud:

—Usted misma lo ha dicho... Los tiempos son duros y... tal vez podríamos arreglarnos...

Y se arreglaron tan bien, que desde aquel instante Pedro quedó como empleado del café.

Pedro Manin estaba dispuesto a cambiar de vida desde aquel momento. Olvidar lo que había sido

hasta entonces y ser un hombre honrado.

Y como si el destino se complaciese en ayudarlo en aquella ocasión, ocurrió aquella mañana un hecho que le dejó a salvo de toda responsabilidad con la justicia.

Su compañero de robo, después de haber salido él con su hija, volvió otra vez a la casa, y al ver la cartera que había dejado allí Ginette, la abrió y quedó sorprendido al ver los billetes que había en ella, que eran los del producto del robo de aquella misma noche. Se apoderó de ella rápidamente y cuando fue a salir se dio cuenta de que un policía lo seguía, por lo que en vez de hacerlo por la puerta lo hizo por el hueco de la buhardilla para ganar el terrado y poder escapar. El policía consiguió por fin abrir la puerta, y al darse cuenta de su fuga, lo persiguió por los tejados, hasta que de pronto el ladrón perdió pie y cayó a la calle, quedando muerto en el acto.

Poco después llegó la policía, le registró, y al encontrar la cartera con los documentos de Pedro Manin, se dio a éste por muerto y el verdadero quedó a salvo de toda responsabilidad.

Sin embargo, había una persona

que estaba segura de que no había muerto. Era precisamente el prestamista, que conocía la historia de Pedro Manín y que al comprobar por las iniciales del gabán que le había comprado que era precisamente la misma persona, se calló taimadamente para aprovecharse de aquel secreto en caso que fuera necesario.

También el abuelo de las niñas y éstas creyeron en un principio en la muerte de Pedro, puesto que todos los diarios tralan la reseña del accidente y, como es natural, se cuidaron muy mucho de hacer ninguna investigación que pudiera hacer público que el marido de Lisette era un vulgar ladrón.

Mas un día, Chambertin entró en el bar, y al ver a Pedro quedó sorprendido.

—¿Tú aquí?

—Sí—respondió Pedro—. Ahora trabajo honradamente y quiero que mis hijas sepan que su padre es honrado.

Chambertin, ante la sinceridad de aquellas palabras y ante el cariño que tan emocionadamente expresaba Manín, no pudo menos que conmovirse y decirle:

—Descuida, que tus hijas sabrán respetarte.

Al día siguiente, el mismo Chambertin llevó las niñas para que vieran a su padre, y éste se encerró con ellas dentro del café, sin importarles nada de la clientela.

Cuando llegó la dueña quedó extrañada, de que su dependiente, en quien tenía puesta toda su confianza, dejara abandonado el café, mas al darse cuenta de que se hallaba con unas niñas dentro, comprendió que aquél debería ser el secreto de su vida y que ella no tenía derecho de interrogar.

Para las niñas y el padre pasaron las horas sin darse cuenta.

Cuando fueron a marcharse, Pedro advirtió a Ginette que se dejaba su bolso y le dijo:

—Tienes un bolso muy bonito.

—Me lo regaló el abuelo—le dijo Ginette.

Pedro lo miró detenidamente y se lo entregó diciéndole:

—¿Vendréis a verme?

—Sí, papá—exclamó Gaby besándole.

Los besos de sus hijas fueron para Pedro como un agua purificadora que lo redimían y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Mas la maldad acechaba a las in-

felices niñas, encarnada por la vieja sirvienta, que preparó todo para apoderarse de ellas y poder exigir a su abuelo un crecido rescate.

Sabía que todas las mañanas iban,

acompañadas de una señora de compañía, a jugar a las afueras de la ciudad, y en combinación con su tío y otros desalmados idearon un plan para apoderarse de ellas.

EL RAPTO

UNA mañana pararon junto al sitio donde jugaban ellas y varios niños más, dos coches. Descendieron de ellos unos hombres provistos con una máquina de impresionar películas, y como si estuvieran realizando un film, comenzaron a filmarlas. La gente que había por allí miraba curiosamente a los que creían que eran cinematografistas, y vieron cómo se apoderaban de las muchachas y se las llevaban en el auto. Nadie sospechó que se trataba de un rapto, y la buena mujer que las acompañaba, al ver que se llevaban las niñas, corrió a dar cuenta de lo que ocurría a su señor.

Poco después los dos coches en-

traban en un solar abandonado, por donde tenía entrada también los sótanos del viejo judío, y las niñas al verse en poder de la sirvienta de su abuelo, comprendieron que nada bueno podían esperar de ella.

—Qué sorpresa, ¿verdad? — les dijo la arple.

—¿Qué quiere de nosotras? — le preguntó Ginette.

—Solamente una pequeña indemnización... Vuestro abuelo, que os quiere tanto, no rehusará pagarla.

Y, en efecto, minutos después, cuando la sirvienta daba cuenta del rapto de las niñas, llamaron al teléfono y el usurero le dijo al abuelo de las chiquillas:

—Tengo sus nietas en mi poder; si usted no da diez mil francos de indemnización, no las entregaré. Es inútil que llame usted a la policía, porque entonces diría que su yerno está vivo y que es un ladrón... Creo que esto no le agradaría mucho.

El abuelo de las niñas y Chamberlin comprendieron que nada podían hacer. Pero Jorge, que casi siempre estaba en la casa, fué el que propuso ir en busca de ellas, y para eso nada mejor que avisar a su padre.

Este se hallaba en el café, cuando vió al judío que miraba por encima de los cristales de las ventanas y pensó que algo debía haber ocurrido. Aquél era un pájaro de mal agüero, y llamó a la dueña diciéndole:

—Voy a casa del prestamista... Creo que algo ha debido pasar...

Cuando iba a salir, entraba Chamberlin para decirle todo lo que había ocurrido, y Pedro le dijo:

—Ahora comprendo por qué ha venido ese pájaro aquí. Coge un taxi y corre a avisar a la policía. Yo iré directamente a la casa de ese judío.

Mínutos después llegaba allí y le preguntó al judío:

—¿Dónde están las niñas?

—¿Las niñas?—preguntó, como si no supiera de qué se trataba.

Pedro le dió un empujón y entró dentro de la tienda. Vió allí el bolso de Ginette, y exclamó:

—Este es el bolso de Ginette. Aquí están las niñas y me las vas a entregar ahora mismo.

Y antes de que el judío pudiera impedirlo, corrió a los sótanos, y, en efecto, allí vió a sus hijas que estaban tendidas en el suelo, bajo la vigilancia de la antigua sirvienta.

—¡Papá—gritaron las dos, viéndose salvadas.

Mas cuando él iba a abrazarlas, un individuo a quien Pedro no había visto, sacó una navaja para agredirle.

—¡Cuidado, papá!—le gritó Ginette.

Pedro se volvió rápidamente y se abalanzó sobre el individuo, tirándole al suelo y haciendo que arrojara la navaja.

La lucha fué a muerte. El bandido intentaba coger la navaja para herir a Pedro, pero Ginette corrió a quitarla del suelo para impedir que pudiese herir a su padre.

Sin embargo, la vieja sujetó fuertemente a las niñas, mientras que con el pie acercaba el arma adonde estaba el bandido, para que éste pudiera apoderarse de ella. Así lo hizo y de pronto Pedro sintió que el arma

se hundía en su espalda. No tuvo fuerzas para seguir la lucha y sintió el dolor de comprender que no podía auxiliar a sus pequeñas.

Mas en aquel instante aparecieron en la puerta Jorge y, el bueno de Chambertin. El primero de ellos encañonó con la pistola a los demás, gritándoles:

—El primero que se mueva es hombre muerto.

Luego se dirigió a Chabertin:

—Ordena a la policía que venga. No tardó en llegar ésta y hacerse cargo de los culpables; mientras que las niñas, abrazadas a su padre, lloraban desoladas.

—¿Qué ha sido?—le preguntó Jorge, que comprendió ahora el silencio de Ginette.

—Nada, no ha sido nada—respondió haciendo un esfuerzo el pobre Pedro.

Poco después era conducido a un hospital, con el fin de que le prestasen los recursos de la ciencia, si es que podían hacer algo por el desventurado.

Mas no pararon allí los acontecimientos de aquel día. Lisette, la madre, a quien todos daban por muerta, apareció aquella tarde. Su estado de inconsciencia después del naufragio había dado lugar a que no recordara su nombre, y cuando quedó

restablecida por completo, corrió a París en busca de sus niñas.

El abuelo no quiso que las pequeñas tuvieran la impresión tan grande que la aparición de la madre produciría en ellas y creyó lo más prudente prepararlas para el momento de la entrevista.

Con este fin les dijo:

—Hoy vamos a oír a vuestra mamá en el disco «Mamá».

—Pero ella no podrá cantar—dijo con tristeza Gaby.

Pusieron el disco y cuál no sería la sorpresa de ellas al oír la voz de su madre. Miraron hacia la puerta y al verla corrieron a ella, abrazándola.

La escena era de una emoción como no puede describirse. La reconciliación entre toda la familia era absoluta. Todos sentían la inmensa felicidad que los inundaba en aquellos momentos.

Sin embargo, el que se sentía más feliz era Jorge, porque había conseguido que Ginette le dijese que le amaba. Y cuando poco después entraba su abuelo para decirles que había que ir a comer, Gaby los había sorprendido abrazándose, y le dijo a su abuelo:

—Mira, Jorge abraza a Ginette y a mí no.

El abuelo comprendió lo que

aquello significaba y le dijo sonriendo:

—Tú me tienes a mí... Yo te abrazaré ahora... mientras que no prefieras otros brazos.

Y cariñosamente se la llevó de allí para dejar a los dos jóvenes que disfrutaran de aquel amor que era tan puro como lo eran sus corazones.

FIN

Recuerde este título
JARDIN
& **PAPEL**



Los artistas célebres - Las grandes producciones - La mejor literatura

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS 2 ptas.

<i>El gigante la flor</i>	G. Rogers
<i>Ritmo loco</i>	F. Astaire
<i>Margarita Gautier</i>	Georg Carbo y Robert Taylor
<i>El bailarín pirata</i>	Charles Collins
<i>Mamá se casa</i>	Lil Dagover
<i>Las dos niñas de París</i>	C. Burghon
<i>Maria Estuardo</i>	K. Hepburn
<i>Melodía de Broadway</i>	Robert Taylor
<i>Los dos pilletes</i>	Jacques Taval
<i>Apuesta de amor</i>	Gené Raymond
<i>La vuelta de Aménio Lupin</i>	Warren William
<i>Fecja de hombres</i>	Wickey Rooney
<i>Háchar Fiermosca</i>	Cine Cervi
<i>¿Es mi hijo?</i>	Lil Dagover
<i>Boje al manto de la noche</i>	Edmund Lowe
<i>El mundo a sus pies</i>	Lily Pons
<i>Soplatado en vida</i>	A. Nazari
<i>Una pareja invisible</i>	C. Beniat
<i>La mujer sin alma</i>	C. Grant
<i>El domo verde</i>	John Boles
<i>Damas del teatro</i>	Danielle Darriux
<i>El detective y su com- next</i>	Kath. Hepburn
<i>Señorita en desgracia</i>	Zasu Pitts
<i>Los delincuentes del cri- món</i>	Fred Astaire
<i>Una aventura de la Pompeidur</i>	Richard Dix
<i>La última aventura</i>	Kate de Nagl
<i>El poder invisible</i>	Cory Grant
<i>Melodía rota</i>	Boris Karloff
<i>Titanes del mar</i>	Willis Kirgel
<i>Las vacaciones del juve- Harvey</i>	Victor McLaglan
<i>Cupido sin memoria</i>	Mickey Rooney
<i>Maria Hona</i>	Ann Southern
<i>Rebeldes Jamaica</i>	Paula Wetzely
<i>El caso Vano</i>	Charles Laughton
<i>Pegmatilén</i>	Clive Brook
<i>La química de Holly- wood</i>	Leslie Howard
<i>Alarma en el espreso</i>	Nino Martini
<i>Los tres vagabundos</i>	M. Reedgraven
	Heinz Ruhman

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS 1'25 ptas.

<i>A la luna y al limón</i>	Miguel Ligero
<i>La familia</i>	Marija Tomás
<i>La Peñonera</i>	Juan Morfot
<i>Verboña</i>	Marija Tomás
<i>Rosa de Africa</i>	Rafael Medina

BIBLIOTECA FILMS NACIONAL 2 ptas.

<i>La última falla</i>	Miguel Ligero
<i>La vuela mora</i>	Maria Arias
<i>Riococito madrileño</i>	J. G. Velázquez
<i>Maria de la O</i>	Carmen Amaya
<i>Molinos de viento</i>	Pedro Terol
<i>[No quiero] [No quiero]</i>	José Bayona
<i>La canción de Alex</i>	I. Argentina
<i>El barbero de Sevilla</i>	Miguel Ligero
<i>Eran tres hermanas</i>	Luisa Cargallo
<i>Bohemios</i>	Enlla Alfoa
<i>Don Floripondio</i>	Valeriano León
<i>Melodía de arrebato</i>	I. Argentina
<i>En busca de una canción</i>	C. Cordel
<i>Los hijos de la noche</i>	Luchy Seo
<i>Leyenda rota</i>	Miguel Ligero
<i>El crimen de mediano- chu</i>	Juan de Orduña
<i>Martingala</i>	Rafael Furedo
<i>Rápido usted</i>	Nino Marchena
<i>Usted tiene ojos de mu- jer fatal</i>	Celia Gámez
<i>Tierra y cielo</i>	R. de Sotoménat
<i>Jai-Alai</i>	Manuchi Fresno
<i>¿Quién me compra un lío?</i>	Inda de Val
<i>La alegría de la huerta</i>	Marija Tomás
<i>Sol de Valencia</i>	Flora Santacruz
<i>Flas de paz</i>	Marija Gómez
	Luis de Villos

SERIE ALFA 2'50 Ptas.

<i>Sabú, Toomay de los cientos</i>	Sabú
<i>Tú cambiarás de vida</i>	M. Redgrave
<i>El sobre secreto</i>	L. Cargallo
<i>Carmen, la de Triana</i>	I. Argentina
<i>La Dolores</i>	Rosita Díaz
<i>La Millona</i>	R. de Sotoménat
<i>Suspiros de España</i>	Miguel Ligero
<i>Gloria del Mancayo (Las de Aragón)</i>	M. de Diago
<i>El octavo mandamiento</i>	Lina Yngros
<i>Ruebo al Cairo</i>	Miguel Ligero
<i>El cuánto es un vivo</i>	Antonio Vico

BIOGRAFIAS DEL CINEMA 1'25 ptas.

<i>Imperio Argentina</i>	Miguel Ligero
<i>Estrellita Castro</i>	Shirley Temple
<i>Alfredo Mayo</i>	Melvin Douglas
<i>Manuel Luna</i>	Antonio Vico

CANCIONERO POPULAR

(EL PRIMERO EN SU GÉNERO Y EL QUE TODOS IMITAN)

Precio: 50 cts.

TANGOS ARGENTINOS

Imperio Argentina Carlos Gardel
Agustín Irusta Luis Mandelstam

CANCIONES DE PELÍCULAS

Imperio Argentina (Aixa)
Imperio Argentina (Gaumen)
Estrellita Castro (Varias)

TONADILLERAS

Raquel Meller Estrellita Castro
Lola Cabello Conchita Piquer

CANZONETISTAS

Firuzilla Orquesta de Arca Coyita
Amalia Molina Teresa Mangano
Mercedes Llorenç

AUTORES

Raffles

CANCIONES DE JAZZ-HOT

Tino Rossi Manuel Gaxeibe
Nita Casanova E. Rodri-Mur

CANTAORES GITANOS

Pepa Ballasteros Narcy Mirón

IMITADORES DE ESTRELLAS

Orías

CANTE FLAMENCO

Niña de los Peines Niño de Utrera
Copero de Triana Niño de Marchena
Manolo Constantino El Sevillano
Niña de Linares Juanito Valderrama
Rosa de Andalucía El Argentino

EXCÉNTRICOS

Alady Rafael Arcos

NÚMEROS EXTRAORDINARIOS

75 cts.

JAZZ HOT

ÉXITOS DEL CINE AMERICANO

LA COFLA ANDALUZA

CANCIONERO VII ÉPOCA

Luisa Estaca

1'25 pfas.

Número extraordinario: Una pta.

Los éxitos del Jazz
Ritmos del Jazz
Tangos: I. Argentina - Carlos Gardel
Las melodías de moda
200 coplas de canto flamenco
Jazz-Hot (Ramón Escrivá)
R. Medina

Jazz y canciones de moda
Musa cubana (Machín)
Éxitos del momento (Jazz)
Jazz-Hot (Trudi Segal)
Jazz-Hot (Luis Duque)
Jazz-Hot (Jaime Planes)
Orquesta Pischardo

NUESTRO TEATRO

NÚMEROS PUBLICADOS:

2 pfas.

LOS INTERESES CREADOS

J. Benavente

LA TASERNERA DEL PUERTO

F. Romero y G. Fernández Shaw

MARÍA DE LA O

Rafael de León

LUISA FERNANDA

F. Romero y G. Fernández Shaw

ROMANCE DE LOLA MONTES

L. F. Ardevin

EL DIFUNTO ES UN VIVO

Prado e Iquiza

LOS CLAVILES

Carreño y Sevilla

MORENA CLARA

Quintero y Guillén

LA DEL MANOJO DE ROSAS

Ramón de Castro y A. Carreño

LA MALQUERIDA

J. Benavente

SOL Y SOMBRA

Quintero y Guillén

MOLINOS DE VIENTO

L. Pascual Frutos

LA CANCIÓN DEL OLVIDO

F. Romero - G. F. Shaw

LA DEL SOTO DEL PARRAL

Carreño y Sevilla

LAS GALATHEAS

F. Romero y J. Tallante

Pedidos a EDITORIAL «ALAS». - Apertado 707. - BARCELONA

EXTRACTS FROM THE

REPORT OF THE
COMMISSIONER OF THE
LAND OFFICE
FOR THE YEAR 1880

THE
LAND OFFICE
WASHINGTON
1881

THE
LAND OFFICE
WASHINGTON
1881

THE
LAND OFFICE
WASHINGTON
1881

THE
LAND OFFICE
WASHINGTON
1881

THE
LAND OFFICE
WASHINGTON
1881

THE
LAND OFFICE
WASHINGTON
1881

CELEBRIDADES DEL CANCIONERO

(EL PRIMERO EN SU GÉNERO Y EL QUE TODOS IMITAN)

Primer número de **CANCIONERO: CARLOS GARDEL** - 30 octubre 1931

PRECIO: 2,50 PTAS.



CONCHITA PIQUER

Tatuaje - La Lirio - La Caramba - Almudena - Dime que me quieres - Eugenia de Montijo - No me llames Dolores - La niña de la estación - etc., etc.



MARUJA TOMÁS

Lola Montes - Yedra - La Chiquita Piconeira - Farolero - Bebe y Bebe - La niña de la Ventana - Caravana - Doña Luz - ¿Qué te pasa, Triniá? - Te lo juro yo - etc., etc.



MARCOS REDONDO

El Divo - La Tabernera del Puerto - La rosa del azafrán - La del manojo de rosas - El cantar del arriero - Luisa Fernanda - La Parranda - Los gavilanes - etc., etc.

IMPERIO ARGENTINA

Goyescas - Carmen - Aixa - Melodía de arrabal - Su noche de bodas - Lo mejor es reír - Morena Clara - etc., etc.



¡PRONTO!

EL MAGO DE LA CANCIÓN

RAFAEL MEDINA

Editorial **ALAS**

2,50 Ptas.